

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Germán Luco: *Tres hombres tristes*

□ Abraham Valenzuela: *Diferencias* □ Juan de

Armaza: *Claros de Luna, El Chuncho* □ Manuel

Rojas: *Un espíritu inquieto* □ Luis Moncada: *Motivos*

de «Juan Cristóbal» □ Antonio Bórquez Solar: *Bizarrias de
antaño* □ Eugenio González: *El buscador de sí mismo* □

Hombres, ideas y libros: Félix Armando

Núñez: «*Por los Valores Espirituales*» de don Enrique Molina □

Guillermo Grant y Ottmar Wilhelm: *Las glándulas de
secreción interna* □ José Gorostiza: *Un hombre, un libro* □

Marcelle Auclair: «...*El Compagnie*» de Jean-Richard
Bloch. André Gide y su novela «*Les Faux Monnayeurs*» □

EX-LIBRIS □ **Glosario de Revistas:**

¿Se acerca una lucha de razas? □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Abril 30 de 1926

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

ABRIL 30 DE 1926

NÚM. 2

Germán Luco

Tres hombres tristes

TRES hombres tristes han aparecido en el cono verduzco, que esparce sobre mi mesa esta amable pantalla en que se van enfocando los acontecimientos trascendentales o pueriles en fidelísima historia retrospectiva.

Una misma mano los cogió en sus destinos adversos y muy idénticos, para depositarlos en comunidad sobre mi mesa de recuerdos.

Sus mismas caras, sus incognoscibles anhelos, sus pasiones ambulatorias, sus obras fragmentarias y sin ilación, todos ellos tres, indisciplinados y dolientes ante la evidencia materialista del siglo, han venido a golpear en la recóndita sentimentalidad que guardamos para los que se han ausentado de esta mecánica torpe de la vida humana.

En un lapso desigual, pero en el límite de poco más de seis años, los tres hombres tristes, que perfilaré someramente, desaparecieron en busca de aquella Arcadia de paisajes hela-

dos y pacíficos, donde concluye el medro, y el extatismo devuelve a las fisonomías la igual caracterización que merecen los que han sed de belleza.

Tres hombres tristes, sin importancia para las alternativas del progreso y del dinamismo industrial, tornaron a ese sueño perdurable, que proclamase Nervo como la verdadera libertad.

La vida fué para ellos un camino sin derroteros estudiados, y en la propia desorientación encontraron pequeños campos espigables, esperanzas abiertas al caos, vagos sueños que se hicieron inasibles, a medida que los horizontes avanzaban en la impiedad de las perspectivas.

Así fueron agobiándose el espíritu de formas espectrales, hasta que un día, venturoso para ellos, el espejismo terminó faz a la misma tierra, por donde apenas rueda un rumor leve de recuerdos, que hoy han llegado a verificarse en el cono verduzco de esta lámpara vigilante.

Juan Manuel, Martín y Federico...

* * *

El primer hombre triste era Juan Manuel. Murió entre los 38 y 40 años. Tuberculoso. Poeta, comediógrafo, revistero, cuentista criollo.

Había heredado de Pezoa Véliz su amor entrañable al pueblo, a la par que una nostalgia abrumadora, indescifrable para los que no podían adueñarse del sentimiento íntimo del escritor paradójicamente dicharachero y profundamente doloroso.

Había nacido para triunfar: tenía musculatura ideológica, grandes facultades especulativas, simpatía espontánea, facilidad, livianura, agilidad mental en suma, y como complemento era atlético físicamente, garrido, entero, de estatura corpulenta, y en sus mocedades de Limache y Valparaíso, sus manos habían dejado huellas de boxeador.

El mismo, cuando ya era un andrajo físico, y la tuberculosis le daba perfiles traslúcidos, solía recordar sus glorias deporti-

vas, extrayendo costosamente de sus flaquezas preféritas una fuerza imaginaria e ilusionada.

Cuántas veces no describió Juan Manuel, con gestos elocuentes, las escenas temerarias de Usebio Olmos, estrujando los puños y contrayendo los nervios para dar caracteres de realidad a la charla.

En este tiempo de Usebio Olmos, reside el mayor contingente que acercó a nuestros valores literarios, porque contribuyó con él al enriquecimiento del folklore nacional, pues cabe advertir que todos los giros, las voces, los dichos, las sentencias, las moralejas, los ensambles de palabras y las creaciones de vocablos fueron de su exclusiva y privilegiada originalidad.

Se ha ponderado en términos ingenuos el valor de la espiritualidad criolla, cuando si analizamos con discreción la mayoría de los destellos imaginativos o de fraseología picaresca, ellos se deben a la obra de algunos escasos escritores, entre los cuales debe figurar Juan Manuel, como el más fecundo en giros y novedades verbales.

Su obra tiene, pues, un sentido típico bien apreciable, ya que Usebio Olmos contribuyó a formar una dialéctica sabrosa, metafórica y que puede ser considerada como la lengua más avenible con el carácter socarrón, pendenciero y emotivo del roto.

Si López Silva, el sainetero español, formó un lenguaje «chulo», Juan Manuel hizo lo propio en nuestro ambiente.

Yo creo que Juan Manuel quería más que ninguna esta parte de su literatura, porque para ella tenía patente de exclusividad, aunque sería injusto desconocer los otros méritos que nacen de su obra escénica.

La Silla Vacía, que, con *Nuestras Víctimas*, de Víctor Domingo Silva, fué el primer paso teatral serio de nuestra literatura escénica, merece un recuerdo preferente, ya que ella influyó decisivamente en la vida del escritor, como él mismo lo repetía en sus momentos de hondo escepticismo.

Contaba Juan Manuel, y cronistas de la época lo repitieron en esos días, que en los mismos momentos en que *La Silla*

Vacía era ovacionada en el Teatro Victoria de Valparaíso, durante su estreno, se moría la compañera del autor.

Y así, con ese dolor anillado a su corazón, apareció en el palco escénico a inclinarse ante las ovaciones de la multitud...

En aquella oportunidad, Juan Manuel, llorando frente a la algarabía del público, agradeció los aplausos y se excusó por que: «Acaban de comunicarme que se ha muerto mi mujer...»

Y el público seguía aplaudiendo....

Este primer triunfo, este único triunfo, esta lisonja calurosa y cordial, colocado paralelamente con la muerte de su mujer, rompió en Juan Manuel su carácter, aniquiló su voluntad y con los ojos perplejos ante la desgracia, no supo si sonreír para su triunfo literario o desesperarse por la pérdida irreparable de todo su cariño.

Cayó en el aluvión del desconcierto y de la locura sentimental.

Entonces empezó a formarse el Juan Manuel que nosotros conocimos.

Sus arrogancias, su lozanía atlética, su carcajada optimista, se fueron opacando en un gris despiadado, se fueron esfumando, como si el mercurio del cristal, totalmente descascarado, no retuviera ya la vida refleja.

Fué solamente una individualidad transparente, una fisonomía vidriada, sin disimulos, tal cual una redoma de pececillos diminutos que no pueden disfrazar sus vidas a la curiosidad malsana.

Quería aparecer vestido con toda la pluralidad de sus sentimientos, pero unos temores pueriles, un miedo insofrenable, un pavor de hombre perdido, de hombre ciego, le arrastraban hacia esa total desesperanza en que los aludes de arena imperceptible van filtrándose a los abismos.

Después de haber dirigido la revista *Sucesos*, en sus días postreros ocupó un rincón de colaborador, cocinando el lleno, las actualidades y toda la menudencia del bocado semanal.

De sus versos yo no hablaré.

Para mí tienen valor incalculable su teatro y sus crónicas picarescas del Usebio Olmos. En estos dos géneros se perpetúa la memoria del atleta, que fué a morir tuberculoso en el valle del último refugio de San José del Maipo.

La última vez que apareció por la redacción de *Sucesos*, su físico se había derrumbado entre los pliegues de un sobretodo ancho, enorme, desproporcionado, una de aquellas prendas que parecen un dominó cómplice de carnavales y funambuléricas.

Ceroso, con reflejos azulencos, dificultosa la respiración, húmedas las manos y afiladas por la nobleza prematura de la muerte, los ojos afiebrados, centelleantes en las cuencas muy violetas, lo vimos sentarse en su misma mesilla colmada de cuartillas, y encender la charla de su optimismo, proclamando su mejoría, su esperanza de reconstituirse.

La eterna fantasía saludable de los tuberculosos...

Pero aquellos buenos deseos se le quebraban en el pecho y esa tos seca, lenta, de eco profundo, le detenía sus anhelos.

Juan Manuel se iba irremediablemente...

Como nunca tomó en serio ninguna clase de disciplinas, este régimen impuesto por los médicos le mortificaba, y así era como despreciaba el sistema para seguir en sus impenitencias de no-cherniego, siempre encendido el trigo regular cabeceado y colmada la copa de mosto tinto.

El mismo solía burlarse de estas meticulosidades médicas, y como para consumir su sátira, refería las innumerables incidencias de su vida bohemia, despreocupada y tirada al azar como un jirón insignificante.

Siempre refería la escena ocurrida una madrugada, cuando de regreso de un matrimonio en el Cerro Mariposa, Juan Manuel, capitaneando un grupo de bohemios piratas, dió en la ocurrencia de robarse un gallo que empezaba a sustanciar un caldo en el Mercado... El dicho gallo fué llevado en procesión por las calles que despertaban al movimiento, y cuando discurrió el primer tranvía porteño y ante los ojos atónitos de los comerciantes, industriales y obreros madrugadores, Juan Manuel sentó en sitio de preferencia al gallo y después de colocarle el

boleto del pasaje en el pico, se dedicó a conversar con él en voz alta.

Juan Manuel refería aquella aventura trasnochada con detalles divertidísimos, finando por cierto el cuento en la comisaría, donde el gallo fué recuperado por una poblada reclamante, que se había quedado con la cazuela a medio sustanciar... La clientela acusaba a Juan Manuel de estafa y los dueños de robo...

No hay que insistir en que esa misma semana, Usebio Olmos en persona, después de asistir a un matrimonio en el Cerro Mariposa, se robaba un gallo del fondo de una cazuela... con la firma de Juan del Campo.

Así había sido la vida de este bohemio impenitente, empeñado en destruirse, con la obcecada idea de aniquilarse, como si la lozanía y el vigor muscular le pesaran sobre el espíritu, estigmatizándole.

El futuro no existía para este vividor fatalizado, y las probabilidades del medro que le correspondía en la farándula eran una estupidez... Le bastaban el cigarrillo compañero, aquel matamosquitos cabeceado, y el mosto tinto... Lo demás, eran detalles, accidentes, puerilidades de burgueses vulgares. Y hablar, muy quedamente, de su pena, de aquella tristeza de la «muerta», con la devoción reiterada cada amanecer, como si formara en él una fuerza motriz arraigada, profunda, imperecedera.

Un día, en la sala de Coke, de Chao y de Wiedner, en el edificio de *Sucesos*, de la Galería Alessandri, se preparó a Juan Manuel una capilla mortuoria. Todos nos acercamos al cristal del ataúd y le vimos consumado y con el mismo maquillaje ceroso de sus últimos momentos.

Un hijo del pueblo llegó a depositar una corona de flores de papel, atada con una cinta morada, en que se leía una frase en purpurina: «Usebio Olmos a Juan del Campo»...

La ternura anónima del hampa llegaba hasta el túmulo a dejar un pedazo de esa emoción sencilla.

En el Cementerio se pronunciaron algunos discursos incendiarios, rebeldes, en que se fulminaba a las empresas explotadoras...

El nicho que le adquirió *Sucesos* quedaba en el último piso de la muralla, así es que para depositar a Juan Manuel hubo necesidad de una cabria, caballetes, roldanas, cables y una serie de trabajos que hacían crujir lastimeramente el ataúd...

Como un detalle significativo y singular, anotamos que cuando el ataúd penetró en el nicho, se precipitaron hacia afuera centenares de abejas, rumorosas e indignadas por la invasión.

El nicho de Juan Manuel contenía en su hueco, alto y abierto a la brisa campestre, un panal.

Este primer hombre triste, trashumante, gitano, hombre de miga de pan por lo bueno y lo manso, bohemio, ingenioso, leal y mordido por una fatalidad punzadora, tal vez encontró en su último refugio, un poco de esa miel rubia que codició en su paso temeroso, desconcertado y doliente...

Y desde que lo tapiaron, allá en el hueco robado a las nobles abejitas necrófilas, la vida lo olvidó hasta este día, en que yo lo encuentro bajo mi foco receptor.

* * *

El segundo hombre triste era Martín... Murió de bronconeumonía, después de haber escrito el cuento «Los arribistas», otras prosas y haber sido un bohemio severo, circunspecto y que tampoco cuajó nunca en las mentadas disciplinas del siglo.

Parecía un discípulo arbitrario del Mahâtmâ Gandhi, que hubiera encuadrado su idiosincracia en aquellas cláusulas santonas: «La condición indispensable del ser... La vida sale de la muerte. Para que el trigo brote es preciso que la semilla muera. Jamás nada se ha elevado sin pasar por el sufrimiento... Nadie puede escaparle... El progreso no consiste sino en purificar el sufrimiento, evitando el hacer sufrir... Mientras más puro es el sufrimiento (personal), más grande es el progreso... No violencia y sufrimiento consciente.»

Su obra está despergeñada por las revistas y los diarios y nadie ha compilado esa prosa, que bien pudiera constituir un volumen de valores apreciables, pero se murió sin dejar des-

cendencia afectiva o simplemente interesada en honrar el nombre que se fragará el tiempo.

Acaso sea una suerte, cuando se ha formalizado totalmente el escepticismo, esta de pasar a la posteridad con patente generalizada de cadáver, de simple y municipal cadáver, sin las coronas fúnebres que tienden el elogio póstumo y que la mayoría de las veces son falsas, de falsedad irritante.

Y Martín no pretendió, al menos cuando nosotros le conocimos, sino formalizarse como un cadáver o una persona que iba viviendo artificialmente, con un desprecio muy suyo por todo aquello que le rodeaba.

Una tarde que conversábamos en la Biblioteca Nacional, en la acogedora oficina de Miguel Luis Rocuant y Mariano La Torre, Martín me dijo, llamándome aparte «—Oye, vámonos de aquí, mira que está llegando mucha gente y a mí me presentan como un ejemplar zoológico....»

El sol le desentonaba y cuando las diligencias revisteriles de su último tiempo le hacían madrugar a las 3 de la tarde (!), se angustiaba en forma extraña, situándose en algún rincón de Zig-Zag, para escuchar con desgano las preguntas que le hacían por su intempestiva aparición en Santiago.

Bastaron dos o tres prosas finas y bien observadas para definirlo en el cenáculo metropolitano, así es que no necesitaba presentaciones, después de una ausencia de más de cinco años en un pueblito del sur.

Recuerdo que el espíritu cultísimo de Víctor Silva Yoacham (Hipólito Tartarín) lo acogió entusiastamente, cuando fuimos juntos a llevarle un cuento de Martín para *Pacífico Magazine*... Víctor, ocupado en una Oficina Fiscal situada en una callejuela romántica a los pies del Santa Lucía, hasta se permitió el lujo dispendioso de extenderle un vale anticipado por su trabajo.

—Le estoy tan agradecido, me dijo Martín, que no voy a cometer la simpleza de reconocerle su talento, porque sería una ofensa, ya que el me ha comprendido tan bien sin leerme... Por-

que eso de mi nombre, de mi fama por mis cosas de *Pluma y Lápiz*, son puras pamplinas...

Martín tenía un desprecio profundo, una aversión irreconciliable con el movimiento diurno y por razones del desorden en que vivía, los nervios se le estrangulaban frente al convoy dinámico de la ciudad.

Doblando cuidadosamente el vale que le diera Víctor Silva Yoacham, nos fuimos por aquella acera húmeda de la calle del Cerro, huyendo del bullicio...

—Yo tengo la evidencia de que sería un enorme trabajador, si tuviera comodidades y cognac... Frente a una estufa, enfundado en una manta escocesa y con el alma alegre después de una buena digestión, yo sería capaz de escribir como un Dios... Pero así... Psh! No vale la pena... ¿No te parece que es absurdo esto de ganarse unas migajas con el sufrimiento de poner un nombre a la subasta de la opinión, cuando a uno lo cotizan miserablemente?

Martín era de estatura mediana, coloradote, tranquilo y reposado. Parco para hablar, escuchaba atentamente y se sonreía con muequitas disparejas.

De estos tres hombres tristes, Martín era el que tenía más médula de escritor, aunque su cultura fuera incipiente y jamás renovada. En la despreocupación de las cosas, que era en Martín una enfermedad crónica, no podía vincularse al estudio, que exige atenciones delicadas, tiempo y voluntad, sobre todo voluntad, que él no conoció ni de oídas...

Sin embargo, de la poca prosa que ha quedado de Martín dispersa por las revistas *Pluma y Lápiz*, *Zig-Zag*, *Pacífico Magazine* y otras que nacieron para morir irremediablemente por las exigencias editoras, se adivina un afán próspero de pulirse, de asimilarse a un estilo personal, jugando en esta forma un anhelo evidente de ir superándose.

Por esta cualidad merece recordársele como a uno de aquellos escritores honrados, que saben pesar la responsabilidad y disponer sus frutos en lineamientos y valores que puedan sorprender al lector.

Cuando regresó Martín a Santiago, después de una proscripción voluntaria de poco más de cinco años, venía angustiado por una derrota sentimental, que era la resultante lógica de su derrota económica.

En los buenos tiempos de sus triunfos, Martín había exclamado, con una ansiedad burguesa y digna de anotarse para formar este esqueleto efímero de su psicología:

—Frente a esta estufa abundante, resguardado de los vientos por estos muros patriarcales, me hace temblar la idea de toda la humanidad muriéndose de frío...

Esta frase, acusadora de la enorme disconformidad con su suerte precaria, la dijo Martín en la casa del poeta Vicente Huidobro, donde todas las noches nos reuníamos fraternalmente, poetas, caricaturistas, cómicos.

Vicente, que tiene el alma antigua, atizó el fuego de su estufa y sirvió a Martín una porción de cognac, comprendiendo la intención de aquella frase, que resumía todas sus andanzas desesperanzadas.

No era un charlador, ni tenía viveza para picar en la sátira o en la murmuración, por ese temor que tienen los hombres tristes de romper la armonía de sus palabras con la actualidad de sus desgracias.

Fumaba su trigo regular con deleites pecaminosos y se dejaba estar, muriéndose para el comentario, frente a la estufa del amigo Vicente, frente a un saltimbanqui de cantina o en los bancos de la Alameda, cerca del Hotel de las Estrellas, donde los bohemios llegaban muy tarde a buscar la ración de pernil y el sorbo clandestino de vino áspero de campeche legítimo.

Mariano Latorre, que lo quería como a un hermano desgraciado, solía acogerlo, protegerlo y animarlo, pero Martín ya no tenía remedio y buscaba en las contingencias noctámbulas un poco de olvido para ese sardo que iba arrastrando sobre los hombros.

Fray Apenta, el crítico agudo, bajo cuya cáscara amarga hay un corazón puro, lo acompañaba algunas veces y platicaban de esa vida abstrusa...

Nada... Nada... Todos los remedios eran imposibles... Volaban las anécdotas de su pasado, como para probar su presencia corpórea...

Una vez...

En los buenos tiempos, Martín fué solicitado del Ateneo para leer un cuento.

Llegó el día. Se encontró en la calle Ahumada con Federico y le manifestó sus temores de debutante, su nerviosidad de enfrentarse con el público. Federico, conciliador, le recomendó el whisky, y ambos entraron al «8 de Septiembre» a tomar sus dosis de «agua rebajada», según llamaba el maestro Nercaseau y Morán al mata-gusano escocés... Martín, entre sorbo y confianza, leyó su cuento, y cerca de las 7 de la tarde se encaminaron hacia la Universidad, valiente y decidido el autor y displicente el consejero... Cuando abrieron la cortinilla de felpa, el presidente decía casualmente: «El señor Martín Escobar va a leer un cuento...» Aplausos, palmaditas enguantadas, murmullos, fosidos, y Martín subió al «púlpito de las consagraciones» enrojecido y muy lamido de gato el pelo negro. Pero... las palabras se le ahogaban y los caracteres de los papelitos originales danzaban en una confusión horrible, así es que ese cuento empezó a leerse en voz baja, con silencios repentinos, deletreos ininteligibles, tanteos y sin que nadie pudiera tomarle la ilación. Hubo protestas, y algún estudiante exclamó indignado: «Más fuerte... que no se oye... Que lea más fuerte»... Martín se consternó, miró a la sala con aire triste y colérico a la vez, para luego decir: «Yo no sé leer de otra manera...»

Y dobló los originales y salió muy derecho de la Universidad...

Y desde entonces nadie lo volvió a ver por la ciudad... Martín había desaparecido como humo...

Luego se supo que el escritor se había radicado en un pueblucho del sur, desempeñándose en las labores insignificantes de un empleo ferroviario...

Hundido en esa aldea, sin alientos, sin estímulo, Martín empezó a suicidarse por abulia y pereza, participando de la ani-

malidad plebeya de las personas que lo rodeaban y que eran su grupo amistoso.

—En tanto tiempo, me dijo, yo podría haber construido una obra formal, pero la grosería del ambiente y los menesteres aplastantes de mi empleo, que cortaron hasta los muñones de las alas... me tiraron de espalda.

Y así llegó a Santiago, husmeando por las redacciones de los diarios y revistas, con el propósito débil de enmendarse, de reconstruirse... como todos.

La Nación le dió un sitio en la crónica, para ocuparse de escarmenar notículas de los Ministerios o de la Municipalidad... Martín solía afeitarse diariamente y hasta sonreírse complacido por su oficio de periodista... pero cuando llegaba la noche y los grupos bulliciosos llegaban a comer a la «Piojera», Martín se hacía más silencioso, para que nadie fuera a llamarle la atención hacia el cumplimiento de sus obligaciones...

—Martín, ándate...

—Este último cigarrito... ya me voy!

Pero Martín se clavaba en la silla de la «Piojera», y ni los ruegos, ni los consejos, ni nada, valían para él como participar mudamente, en esas reuniones, de los cuales confertulios, muchos han muerto, otros se han fosilizado y los más se han recuperado al trabajo y a la hostigosa disciplina burocrática.

Y ese invierno cruelísimo terminó con Martín, con el segundo hombre triste, que pudo dejar una obra y no quiso, que pudo trabajar y no pudo, porque la fatalidad, el escepticismo le roían muy adentro.

Y nadie más se ha vuelto a acordar de este segundo hombre triste, porque él se empecinó en sus últimos años en convertirse en un cadáver ambulatorio, que iba fumando su cigarrillo, perdido y abrumado de quién sabe qué recuerdos amargos, plácidos o desigualmente indiferentes...

* * *

Y el tercer hombre triste, que acaba de cerrar los párpados

para la grosería filibustera del siglo, era Federico; el último romántico de nuestra literatura, que también ha evolucionado hacia caminos de practicabilidad y de mayor rendimiento económico, como son todas sus actividades similares, ya sean consumadas en la diplomacia o en las secretarías burocráticas.

Federico era un ausente cordial, extraviado de los límites disciplinantes, extrañado de toda frontera de lucro, como que jamás pudo avenirse con la resonancia y el estrépito de estas horas fatalmente propicias al guarismo y al control...

Mucho mayor de edad que Juan Manuel y Martín, su mocedad se perdía en tiempos que le habían sido halagüeños, tanto así que a los 21 años apenas, ya paseaba en Londres un cargo oficial en nuestra Legación.

Federico recordaba su vida en Londres con detalles vagos, como si el sueño brumoso del Támesis no despertara la apatía de su alma de misántropo, irreconciliable.

Hablaba de una mujer de ojos azules y del te negro...

Recuerdos aislados, trancos, que Federico repelía como si tuviera la obligación de trasladarse a Europa para justificar sus desalientos.

Su obra literaria data desde aquella época, y no por haber contado con mayor espacio de tiempo para escribir, su obra es más amplia o menos fragmentaria que la de los dos hombres tristes, que le anteceden en este desbarajuste de recuerdos.

Después de haber figurado con brillo en el hogar fundado por Cabrera Guerra, su obra se dispersa por las revistas, y la sociedad de los X, compila el libro *Días de Campo*, que asegura con el pequeño texto, la formalización de una personalidad elogiada unánimemente por la crítica del país y extranjera.

Caras y Caretas y *Plus Ultra* de Buenos Aires reproducen también los trabajos del escritor, pero gracias a la diligencia y al cariño del corresponsal en Chile, don Alfredo Sánchez, quien copia a máquina y envía a la Argentina la prosa del indisciplinado autor.

Se le conoce y se le aprecia en la América y sirve para su enaltecimiento la simpatía cálida que despierta en los cenáculos

este hombre arbitrario, risueño y apesadumbrado. Su obra menuda, sentimental y que tiene hondas semejanzas con el propio autor de maneras suaves, es la información filosófica de un abúlico, sin violencias, pero que jamás puede estimar trascendentes los aspectos que se suceden inevitablemente en los hombres que figuran en su obra literaria.

Pero la abulia rotunda y el ausentismo de todo gesto perentorio, no le dan tampoco aspectos de amargura o desinterés total por las cosas y los hechos. Pasa por sobre todas las circunstancias con livianura y sin desagrado.

Federico mantiene su línea circumspecta, caballeresca y jamás se le ve infligir un juicio precipitado ni acometer contra la obra ajena.

Esta modalidad era en él tan fuerte y arraigada, como que siempre se distinguió por su espíritu cordial, por su comprensión abierta y diáfana y el infinito perdón que dispensaba para todo lo extraño, como precediendo el gesto de mutua conciliación o de trueque.

Abandonó sistemáticamente todo lo que pudo redundarle en beneficios o crearle intereses, popularizando a este efecto una frase muy suya, que repetía cotidianamente, para convencer de su fortaleza de trabajo:

—Mañana empiezo a ejercer mi profesión de abogado...

Era una promesa simpática, que jamás cumplió, pero que repetía incansablemente.

Nocherniego, ambulatorio de redacciones y tertulias literarias, la fortaleza física, que parecía haber heredado de los troncos rurales de su patriciado, no pudo quebrantarse durante muchos lustros, hasta que en el último tiempo, cansado el corazón de tanta anormalidad y tal vez de tanto sufrir silenciosamente, se le ahogó en el pecho robusto, ancho y todavía acorazado para las bronquitis y los vientos lechosos del amanecer.

Muchos años, todos los que fueron corifeos balbucientes de esta generación y figuras de la pasada, lo vieron aparecer como una sombra espectral para quien hubiera obrado Josué un nuevo milagro.

Ni envejecía ni podía llamársele joven. Se había detenido, y aunque el cabello se le mineralizaba, su arrogancia no decaía un palmo.

Estaba en sus cabales, con idénticos entusiasmos literarios y con innumerables proyectos, ilusionado con su novela «La Palanca» que estaba reescribiendo, una mancha de color que había terminado aquella misma tarde, su cuento «grande», «Los Bandidos», y todas esas vehemencias disparejas y calurosas, de que Daniel de la Vega hizo justa rememoración en un artículo de elogio, escrito a raíz de la muerte de Federico.

Nosotros mismos repetimos en un artículo de revista: «Nunca limitó su raciocinio al mal que se iba organizando pacientemente, y por sobre el destrozo de todas sus probabilidades económicas, puso el vuelo de su quimera, de su ilusión irreductible, animada por un deseo de no molestar a nadie, de no insinuarse siquiera y entrar a todas partes como un sonámbulo de preceptivas ausentes.

«La muchachada intelectual, los estudiantes, todos los poetas que se iniciaban, buscaban en Federico al patriarca de las simples emociones, adivinando en su tutela suave el calor de estímulo que precisaban para lanzarse a la lucha.

«Pintores, comprensivos, diletantis, parvenus intelectuales, músicos y hasta horizontales abruptas, rodearon al buen Federico, quien no podía menos de regocijarse de esta popularidad, porque tenía en la médula una enorme aversión hacia los felices, hacia los dorados de la fatuidad y el oropel advenedizo,

«Su figura ha desaparecido ciertamente, como se puede borrar el esquema de cualquier amigo o de una mujer, pero al considerarlo inmovilizado para siempre, helado en la caja postera y quietas sus pupilas bondadosas, el nombre que supo establecer Federico en nuestra precaria vida intelectual, perdurará firme e insospechable ante las contingencias futuras».

Y terminábamos diciendo con fervor del tercer hombre triste desaparecido «que, aunque nada hubiera dejado, ni una letra, ni un párrafo, siempre se le recordaría por la enorme lección de pureza, que como una concreción de caballerosidad, animó

a este sexagenario niño, que sacudió toda la malicia, para entregarse como un fresco manantial de optimismo».

Como una anécdota final del escritor, mencionaremos una muy singular, que le aconteció con nosotros mismos y que le pinta de cuerpo entero.

En cierta ocasión, Federico había desaparecido de los cenáculos, de las redacciones, llegando a murmurarse que se encontraba moribundo en una casa lejana y olvidada.

Aquella misma tarde, fuí con Tomás Gatica Martínez y después de múltiples y curiosas averiguaciones, dimos con el sitio donde se hospedaba Federico.

Penetramos al interior de la modesta casa, con esos presentimientos naturales, de ir a enfrentarnos a un moribundo o poco menos, pero cuál no sería nuestra sorpresa, cuando divisamos a Federico muy arrebujaado entre una manta de vicuña, leyendo a Lunatcharsky y fumando su cigarrillo trigo.

Le manifestamos sin preámbulos nuestro temor....

Federico se enderezó en la cama y después de mirarnos largamente, «fría y arteramente como decía él», sonrió por entre las guías blanquecinas del mostacho y nos dijo:

—Uhhh! Uds., no me conocen bien... Yo tengo sangre de Munizagas por mi madre, y esos no se mueren a dos lírones... con que si un resfriado más o menos me va a liquidar a mí...!

En realidad, la contextura de Federico era recia, formidable, y sólo esos 60 años tristes y trashumantes, que se le fueron juntando entre pecho y espalda, pudieron agobiarlo y derrotarlo.

Pero siempre tuvo una última esperanza y en los días de Enero último, lo encontramos en la redacción de «La Nación» de Santiago, exclamando desde el fondo de un sillón cómodo y blando:

—La vida ha cambiado y debo pensar seriamente en mi futuro... En estos días empezaré a ejercer mi profesión de abogado...

* * *

Juan Manuel Rodríguez, Martín Escobar y Federico Gana,

eran tres hombres tristes y desorbitados por el maleficio de un sentimentalismo muy hondo. Un deseo de divulgar su idiosincrasia y reparar el olvido de los dos primeros, me ha dado el tema de estas líneas, que pueden considerarse como una pequeña y sucinta anécdota de quienes volvieron los ojos a la tierra, sin haber siquiera paladeado el calor de un triunfo, que bien se hubieran merecido por la enorme sinceridad que fluye de toda su obra fragmentaria, dispareja y casi olvidada por el apresuramiento de esta vida.

Tres hombres tristes, nada más que tres hombres tristes con facultades, que ellos mismos despreciaron sonrientes y avenibles a todos los desengaños y derrotas.

Abraham Valenzuela

Diferencias



A fórmula de la verdadera honradez democrática no es dar al pueblo lo que él ha querido que se le ofrezca, sino lo que en realidad necesita. Es, tal vez, la teoría del dolor necesario, de que en cierto libro habló Renan.

* * *

El hombre, se ha repetido, es un animal de costumbres; podría agregarse que es un animal contagioso.

* * *

Se sabe que nos dominan las pasiones, los intereses inmediatos. Pero es tal la inconsciencia, la natural espontaneidad con que la gente sanciona con su consentimiento y su opinión todo lo que ha esperado como favorable, que llega a pensarse que no es ya la razón quien se ha rendido a las conveniencias, sino que estas mismas conveniencias son todo el principio de razón que cabe en la mayor parte de las cabezas.

He aquí, pues, cómo cobra un alto, independiente valor racional lo que vulgarmente se llama cinismo.

* * *

Es menester que los grandes hechos colectivos tengan un símbolo individual.

Aprenderíamos a tolerar muchos acontecimientos particulares que nos hieren como una injuria directa al concepto de equidad, si nos resolviéramos a mirar en ellos el aspecto lógico, pintoresco y hasta estético, que encierra su valor como símbolo.

* * *

Alguien ha hablado del caso de un médico que después de agudos diagnósticos, curó a cierto enfermo de un mal crónico del estómago, que no le permitía nutrirse, sino en forma frugalísima y harto irregular. Sano ya de su antigua dolencia, el paciente se vengó con creces de su larga sobriedad. Todo iba sin contratiempo, hasta que esta posibilidad de digestión normal le acarreó una repentina y fatal dolencia nefrítica. La curación del primer mal le restó, así, algunos años de vida.

En los sociólogos aplicados se da con mayor frecuencia este caso de las admirables recetas que curan un mal inmediato para que el organismo, engañado y contradicho, provoque en sí mismo un mal irremediable.

Los pescadores de los grandes cetáceos, cuando clavan el arpón, sueltan y alargan la cuerda, para recogerla luego, en el momento fatal. En la Naturaleza, hay procesos semejantes a estas artimañas de los hombres de mar.

* * *

Fundamento de la moral: es necesario que la inmundicia sea repugnante; pero no es necesario que yo la encuentre agradable.

* * *

Autoridad divina, señorío, potestad popular, igualdad, justicia, solidaridad, ¿qué parte queda para estos conceptos arbitrarios, ante la necesidad de vivir en una forma o en otra?

* * *

El señor Goliadkin, dice Dostoievsky, perdió la cabeza porque se veía rodeado de enemigos; o inversamente. «Mis enemigos...», decía a cada momento el señor Goliadkin; y nunca se supo, ni él pudo decirlo, cuáles eran estos enemigos que amargaron sus días y disolvieron su conciencia.

En los hombres de doctrina hay siempre un señor Goliadkin. Se les oye divagar admirablemente, desenvolviendo sus teorías; si son hombres de buen gusto, suelen construir con ellas algunos monólogos apretados de sana lógica, armoniosos, conmovedores discursos.

Pero si un espíritu imprudente, dominado por un grosero materialismo, le coloca súbitamente cara a cara con la realidad, el hombre de doctrina verá desvanecerse el ritmo de su prodigiosa verdad y sentirá cómo se disuelve su armoniosa conciencia doctrinaria.

* * *

En los hombres de gobierno, la inteligencia es la facultad de descubrir, y la tontería, la facultad de inventar.

* * *

Presos en la enorme ratonera, siempre hay en nosotros un oscuro, un fatal movimiento que nos hace esperar la fórmula con que un día hemos de sorprender la realidad.

* * *

Después de todo, la única orientación decorosa es no tener ninguna.

* * *

La vida no tiene otra significación ideal, sino este afán nuestro de dársela; y tan débil, tan falso, tan intermitente.

* * *

Hace falta un engaño universal, un engaño conmovedor y violento; una mentira que se parezca tanto a la verdad como se parece al odio el delirio amoroso; un engaño de que ya no es capaz un mundo que ha mirado desvanecerse la sombra de los dioses.

* * *

El hombre que ha descubierto un mundo nuevo es siempre un hombre orgulloso; es decir, una entidad exagerada, destructora, imaginativa, violenta, despreciadora, locuaz y antisocial.

* * *

Cada nueva imagen de las cosas no puede ser sino un aspecto diverso de una realidad permanente; una proyección particular que se obtiene desde un punto de vista tan engañoso como otro cualquiera.

* * *

Lo que hoy llamamos las fuerzas sociales, ha de tener, sin duda, algún oscuro y razonable designio; pero no es lícito creer que hoy mismo comencemos a apartarnos de los saludables caminos del error, que son los que a menudo exploramos con una inclinación más íntima y permanente que la que acertamos a esperar.

Por fortuna, los ensayos de pedagogía aplicada que algunos

políticos henchidos de espíritu apostólico, quieren incorporar de vez en vez como elemento activo en las funciones de gobierno, no son sino antiguas novedades que la humanidad, fastidiada, se cansó de considerar hace algunos siglos. ¿Qué más, sino estas vueltas incansables, mientras el hombre cuente sólo con sus cinco sentidos y demás instrumentos que se le conocen?

Hoy la novedad parece ser el espíritu de corporación, de grupo, de gremio, para dar con la expresión técnica.

Boissier, que une al espíritu científico una firme capacidad de creación imaginativa, trae sobre estos hechos datos exactos y oportunos.

La vida política de los municipios bajo la dominación imperial, en Roma, se sujetaba a costumbres sorprendentemente análogas a las que padecemos en el siglo XX. Los ciudadanos, que recibían en sestercios el precio de un convencimiento político que hoy se paga en billetes del Estado, designaban sus gobernantes locales: diunviros, pretores, ediles y magistrados menores.

Algunas inscripciones nos enseñan qué fueron esos comicios populares: «En Pompeya, dice Boissier, todo el mundo tiene sus preferencias y las publica. Existe el candidato de los pasteleros, de los cocineros, de los hortelanos, de los traficantes en salazones, de los mozos de mulas, de los labradores, de los bataneros y, lo que es más sorprendente, de los jugadores de pelota y de los gladiadores».

Parecen no habernos precedido Robespierre y la Filosofía Positiva. La razón estará siempre de parte de la vieja de Siracusa, que defendía al tirano antiguo, temiendo que el nuevo sólo lograra ser más pernicioso.

* * *

Se necesita una particular contextura, cierta elevación y aprendizaje, para gustar el sabor de la verdad en sí mismo.

La gente desea que se la halague y que los demás se ocupen en sus pequeñas y falsas esperanzas; estará siempre, sobre todas las cosas, de parte de aquellos que, de buena o mala fe, le ofrezcan

la piedra filosofal, el agua de la juventud o la ecuación de la eterna alegría.

* * *

«Las pasiones, dice La Rochefoucauld, engendran muchas veces sus contrarias. La avaricia produce en ocasiones la prodigalidad, y la prodigalidad, la avaricia; con frecuencia somos firmes por debilidad y atrevidos por timidez». He aquí un claro ejemplo del criterio psicológico de los antiguos.

Esto es abstracción, abstracción pura. Sin duda, este hombre terco y amargo observó mucho; miró a los hombres serena y fríamente, sin prejuicio alguno aparente, sin resentimiento ni despecho particular. Pero llevaba, antes del juicio que buscaba formarse, cavidad en que cobraban sentido y humana realidad sus impresiones, cierto criterio general que no le permitía ver sino lo que fundamentalmente estaba ya en la raíz de su visión.

Y así para todos. Cualquiera verdad que se propusieran honradamente descubrir iba condicionada, limitada, conducida por esta hipótesis: en el hombre se *dan* las pasiones a, b, c, o sus contrarias, y sus matices y relaciones. Es decir, van siempre de lo generalizado a la investigación del individuo concreto, sólo en cuanto su existencia es vida de relación.

* * *

Toda verdad no es sino una hipótesis; es decir, una concordancia lógica de los fenómenos que concebimos como organizados particularmente.

* * *

La belleza literaria de la frase es, generalmente, algo independiente del sujeto, un elemento autónomo que se ha dado sus propias leyes; llega a concebirse como algo que ha dejado de ser una forma de expresión.

Los discursos de Jerónimo Coignard no son una manera de expresarse necesaria de un hombre. En Anatole France se advierte muchas veces que la frase está hecha para la oposición de dos adjetivos.

* * *

La función fundamental de la inteligencia es la satisfacción de sus propias necesidades.

Sólo es verdadera sabiduría lo que el espíritu obtuvo por necesidad de su naturaleza. El contenido individual, el verdadero sentido de la verdad, está en el esfuerzo de creación con que fué lograda.

Lo demás es sólo palabra muerta. Lo que palpita en la verdad es el ansia con que se la ha buscado. Una posada deja de serlo si no la hallamos al término de un camino.

Santo Tomás ha dicho algo así como esto: «enseñar es infundir en el ánimo de otro el conocimiento, mediante el ejercicio de su propia razón».

* * *

Es difícil destruir el error que nos hace ver continuamente una virtud de inteligencia en lo que no es sino la posesión y la práctica de un sistema particular de lenguaje.

* * *

La curiosidad es, en realidad, un elemento primordial del organismo vivo; es como un medio fundamental para el dominio de la futuras potencias prácticas. Jugando, el niño descubre y afianza el poder de sus facultades; jugando, inventa y crea su universo.

Los trabajos de los astrónomos, las más veces, no están coordinados por un fin científico general. La mayor parte de sus descubrimientos son datos aislados, producto de la curio-

sidad. Su enlace condujo después a esas admirables leyes cosmológicas en cuya comprensión se expande tan agradablemente la inteligencia.

La teoría de los meteoritos hacía indispensable la observación de estos astros menores en la parte normal de su órbita, aquella que está más allá de las capas superiores de la atmósfera, donde se hacen visibles las luminosas lágrimas celestes.

Hace años, un sabio «descubrió» algunos de estos astros en su zona de obscuridad. Los vió moverse como una pequeña mancha negra sobre el fondo luminoso del sol y de la luna, observados a través del telescopio. Llegó a calcularse la velocidad de su movimiento, la forma y dirección de sus órbitas innumerables.

Poco después, otro astrónomo vió que el enjambre de meteoritos oscuros aumentaba prodigiosamente golpeando el aparato de observación. Se supo entonces que los pequeños astros perseguidos a enorme distancia no eran sino corpúsculos materiales, partículas de polvo que, desprendiéndose de la capa interior del antejo, cruzaban el campo de observación y proyectaban su pequeña imagen negra sobre la imagen del sol y de la luna obtenida a través del ocular.

¿Cuántos meteoritos oscuros se habrán deslizado siempre en el campo de nuestras teorías, de nuestros procedimientos morales, de nuestros juicios prácticos?

Conviene que, de tarde en tarde, un hombre prudente golpee suavemente en nuestros sistemas de observación y vuelva a su verdadera, mínima realidad, tantos astros como pueblan nuestra orgullosa ideología, reduciéndolos a sus proyecciones de pequeñísimas partículas impertinentes y engañosas.



Schopenhauer, que no amó nunca en exceso a los profesores de filosofía, explicó alguna vez el deísmo de estos nobles y excelentes varones, previendo la siguiente reflexión: es necesario que

Dios exista y, por tanto, que nosotros establezcamos las pruebas de su existencia, porque es Dios quien asegura el poder a los ministros del Estado, y éstos, quienes proveen las cátedras que nosotros servimos.

Esta opinión de Schopenhauer nos crea un nuevo margen de duda. Si un ministro del rey de Prusia, inteligente o despreocupado, hubiera incurrido en el acierto de llamar al filósofo de *Parerga und Paralipomena* a una cátedra universitaria, ¿no es posible que se hubiera desvanecido en parte el mal humor casi metafísico del más serio de los budistas occidentales? Y en este caso, no es raro que la dirección esencial de su pensamiento sufriera correcciones y desviaciones de tal naturaleza, que aún no viéramos sentarse como teoría esencial de algún sistema filosófico la posición absoluta de la voluntad schopenhaueriana.

Quién sabe cuáles caminos pudo tomar el pensamiento filosófico en aquel instante en que un hipotético hombre de estado tuvo en su mano dar una pequeña y saludable satisfacción a un filósofo malhumorado. Pero no puede hablarse de la posibilidad de los contrarios. Es absurdo.

* * *

El error es el único elemento que la razón puede agregar a la economía general de la realidad.

* * *

Es curioso que algunos filósofos sistematizadores que conceden al asentimiento universal el valor de fundamento de la razón como principio absoluto de conocimiento, rechacen en seguida lo que llaman «preocupaciones vulgares» contra los principios deducidos de las máximas de sentido común.

No nos queda sino pensar que la filosofía es un lenguaje por lo menos tan inconsecuente y tan absurdo como el que satisface nuestras preocupaciones vulgares.

* * *

Nada más insoportable que una conversación entre hombre y mujer en que se haya eliminado todo equívoco.

La vida: en el orden práctico, simple, tranquila, disgregada; en el arte, extraordinaria y violenta.

* * *

En la categoría del número, renovación significa siempre para la literatura incorporación de un lenguaje nuevo, a menudo traducido o copiado de las ediciones comerciales de divulgación. Dos o tres conceptos generales, ciertas pintorescas incorrecciones del estilo, insistencia acerca de novedades del léxico y, ante todo, la tontería incomprensiva erigida a la categoría de escuela de crítica.

Después viene el ejército de los hermanos menores, cuya labor de renovación consiste en remedar despiadadamente, con fe de adolescentes viciosos, esos dos o tres conceptos, esas maneras, esas incorrecciones y aquella nueva forma de la tontería épica.

Y todo, para caer en los compases de baile de la moda y en la trama de esa ley fatal que enunciara el novelista normando: el mal gusto no es sino lo que fué el buen gusto para la generación precedente.

* * *

Entre todas las formas de la tontería, es preferible la antigua a la nueva. Es menos presuntuosa, y en fuerza del desgaste, sirve a lo menos para probar el ingenio con el ensayo de algunas pequeñas, agradables novedades.

* * *

Apesar de todo lo que se diga, vivimos en una edad privilegiada.

Pasaron los años del ingenio, los del talento, de la inteligencia y el buen gusto. Hoy somos sólo los contemporáneos del genio.

* * *

¿Qué vale el descubrimiento de una nueva verdad, ante la facilidad que tiene cierta gente para entregarla como producto propio cuando la industria de los impresores la convierte en un valor de cambio?

* * *

En una novela, suelen darse generalmente dos realidades opuestas: lo que los personajes son verdaderamente (a pesar del autor), y lo que el autor quiere que sean.

Por eso resulta a veces insoportable que se nos explique demasiado qué clase de gente es la que hallamos en un libro. Baroja repite con excesiva frecuencia que Aviraneta es un hombre de acción. Stendhal no divaga sobre el carácter de sus hombres; es más modesto: le basta hacerlos vivir (los que hablan de las «digresiones psicológicas» de Stendhal no han leído la admirable historia apasionada y ágil de la Sanseverina).

* * *

En esas nuevas y claras mañanas en que dominamos la vida, parece que echáramos de menos algún oficio olvidado; es que el antiguo dolor nos espera.

* * *

Hay rostros sin lágrimas. La mirada no los penetra, y hasta en los ojos—exteriores, fríos, acerados—parece precisarse la certeza necesaria del silogismo.



André Gide es, tal vez, entre los artistas franceses contemporáneos, el que ha logrado mayor intensidad y diversidad en aspectos morales y estéticos.

Sin embargo, su lenguaje reproduce siempre idénticas virtudes de diaphanidad y penetración: el dios sujeto a las leyes del barro con que construye la línea maravillosa.



La filosofía ha perseguido con ardor lamentable la ley moral cierta que ha de guiar la vida inteligente.

Y, sin embargo, el desconocimiento de esa ley es lo único que permite la vida moral del hombre. Toda norma comienza y termina en el confuso movimiento interior que nos conduce al remordimiento. La realidad de la vida moral está en el esfuerzo, y no en su resultado.

Esta tenaz inquietud de inquirir los caminos verdaderos se desvanecería el día que una inteligencia inarmónica lograra exhibirnos la norma rigurosa y natural de las conciencias.

Nadie comprendería una ética de la caída de los cuerpos. Los fenómenos del equilibrio de la materia no son buenos ni malos; en posesión de una moral cierta, los fenómenos del equilibrio de las conciencias no serían tampoco buenos ni malos.

Durante muchos siglos, vieron girar los astros sobre sus cráneos rudimentarios. Sabemos que estaban en un error. ¿No sería posible, entonces, que las leyes señaladas al movimiento de los espíritus impulsen a éstos en un sentido extraño, siempre incomprensible para nosotros?

Los esfuerzos de la filosofía moral han sido infecundos y despiadados. Fijar las leyes de la ética valdría eliminar la moral de la tierra. Sería lamentable. Veríamos desvanecerse muchos nobles ensueños: la virtud, la pasión, el sacrificio; todo lo que es la compensación de nuestra ignorancia.

* * *

Cuando se piensa en el valor de ciertos espíritus soberanos que dominaron en extensión y profundidad el mundo de la sensibilidad y la inteligencia, nos domina la tentación de creer que entre estos hombres superiores y el hombre vulgar, hay una diferencia sustancial más grande que la que separa a este último del orangután.

Es un consuelo para los momentos en que nos sentimos aplastados por el convencimiento de que el animal vertical no está sujeto a ningún destino ideal. Y no obstante, esas inteligencias depuradas sólo lograron el punto máximo de su eficacia cuando horadaron hasta sus raíces toda posibilidad de certidumbre.

Aun cuando creyéramos verlos en el camino que conduce a los sagrados misterios, el paso de los iniciados es tan lento, que necesitamos pasar de una civilización a otra, del Egipto a Grecia, para que una verdad matemática sorprendida por intuición inmediata, cobre fundamento racional en el cerebro de Pitágoras.

Todo período creador viene seguido de una era de crítica total; y no puede creerse que la energía de que vive esta porción del Universo deba esperar que la inteligencia del hombre logre descubrir qué cosa sea la verdad.

* * *

Veo frente a mí una mujer empeñada en los trabajos domésticos. Trabajar es para ella una fatal angustia. Tal vez en su espíritu alimenta un escondido rencor hacia los amos por quienes sufre los diarios afanes y que le dan, en pago, el pan miserable y amargo de la servidumbre.

Nuestra cultura, envejecida en su impotencia gloriosa, no logra evitar un dolor ni salvar una conciencia. Exhibe el rostro de esa mujer el estigma de la fealdad que imprime, como un sello,

el dolor cotidiano y vulgar. Su cuerpo carece de gracia, que es virtud del movimiento libre de solicitudes prácticas, que sólo se desenvuelve en el ritmo de su propia armonía.

Su existencia es más trágica que los versos de Esquilo, porque es inexplicable. Hace dos mil años, sufría como ella Euriclea, la esclava, que Ulises compró al precio de veinte bueyes y recordó Homero en versos armoniosos y rudos. Infeliz mujer que no mira más allá del duro trabajo de sus manos, que no comprende aún su propio dolor: ella es verdaderamente el símbolo de la humanidad. *Para los hombres se hicieron*, decía el españolísimo Pedro Crespo.

* * *

No es liviano oficio creer que en el principio de los tiempos, cuando la idea de nuestro Universo, de la humanidad y de sus miserias se hizo en la mente de Dios, el pensamiento divino viera ser necesario como causa eficiente de nuestra vida, que el planeta quedara girando con una leve y torpe inclinación de su eje sobre el plano de su órbita.

No es posible creer que la mente creadora haya venido por caminos tan oblicuos a mostrar las formas de la sabiduría infinita a nuestras cabezas incapaces de comprenderla.

Porque, en verdad, bastaría que el planeta quedara en actitud geométrica más simple para que toda la vida que en él ha brotado como una enfermedad innecesaria y absurda, hubiera adquirido formas para nosotros incomprensibles, o, acaso, para que no hubiera aparecido jamás, lo cual no habría ofrecido serias complicaciones teológicas.

Es más sencillo concebir que el mundo no ha sido formado por la verdad ni por el error, para el bien ni para el mal; que la única razón suficiente de su existencia es una fuerza más oscura y universal: el azar.

* * *

Extraña cosa es que el hombre haya logrado precisar los

rigores de la lógica sobre la condición desmadejada de su vida interior. Detrás de la agudeza del deseo, el hastío del ensueño logrado y desvanecido; el desdén nos exaspera, y nos fastidian la sonrisa segura y la perspectiva cierta; simultáneamente alimentamos dos verdades superpuestas y contrarias; amor, cariño, odio, simpatía: definiciones impotentes con que queremos detener el momento inaprehensible en la permanente disgregación de la vida.

¿Cómo llevar a fórmula nuestra verdad más íntima, si los sentimientos más violentos llevan ya envueltos el pecado original del fastidio que ha de ahogarlos un día?

La letra mata...; sólo el arte se salva en su lenguaje obscuro, que nos envuelve y oculta a nuestras propias miradas.

Claros de Luna



ESTRÉCHAME. Apoyémonos uno en otro al hundirnos en los campos bañados de luna. Me oprime este aliento sutil que vierten las voces escondidas: grillos bajo las piedras, sapos bajo los charcos, chunchos entre las ramas.

Estréchame. Sumémonos impenetrables a la asechanza, como la masa del ciprés. Y hagamos trizas el paisaje de esmeril, pasando al través la negrura de nuestra brusca silueta.

Me huela ver el polvo de penumbra en que las cosas se han deshecho. Déjame alzar la mano: quiero echar a rodar por el vacío esa vieja calavera que se burla del mundo con su crujiente mueca blanca.

El Chuncho



ACE rato se ha parado la luna; el álamo que iba por el campo se durmió de pie; sólo el canto de un chuncho—gota de agua que minuto a minuto vertiera en un pozo colmado—se desgrana en la noche infinita.

Hay largos calosríos; la luz columpia lienzos blanquecinos; el chuncho está invisible, y en el canto parece que goteara la luna.

Manuel Rojas

Un espíritu inquieto

El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores; que sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece.—*Job.*



QUELLA mañana, Pablo González estrenaba un magnífico sobretodo azul. A las ocho de la mañana, después de colocárselo encima de su traje claro de los días de fiesta, salió. Un día, hermoso y azul como su sobretodo, lo recibió en la calle. Encendió un cigarrillo y echó a andar hacia la Avenida de Mayo. Hacía un poco de frío, y un vientecillo que subía del puerto se llevaba las bocanadas de humo hacia la cúpula del Congreso.

Iba casi alegre. Atmósfera brillante, cielo azul y claro de fines de otoño, sobretodo nuevo, veintiocho años. ¿Qué más podía desear un hombre para ser feliz? ¿Una mujer? Ya vendría. Siempre que estrenaba una prenda de vestir, su oscura juventud se iluminaba con la esperanza de un amor grande y fuerte. El hombre vive de grandes esperanzas y de pequeños recuerdos. Todas las mañanas, cuando el despertador lo llamaba con su grilito estúpido, se sentaba en la cama y preguntábase: —¿Qué espero hoy?

Cuando no esperaba nada, cuando después de un momento de reflexión se daba cuenta de que nada ni nadie vendría a

traerle una causa o un motivo que justificara en aquel día su razón de vivir—una carta, un libro o una cita—sentíase amargado, y la neurastenia, adquirida en seis años de estúpida vida oficinista, bajaba de su buhardilla misteriosa hacia sus nervios destemplados.

Pero hoy era distinto. Cuando se posee un sobretodo nuevo, la esperanza se anima y hay derecho para esperar muchas cosas.

Vagaba de una acera a otra, acechando el paso menudito de las mujeres. Les decía requiebros, ofrecíase para acompañarlas, las invitaba a tomar café, les ofrecía flores; pero ellas pasaban silenciosas, arrebujaadas en sus pieles o abrigos, haciendo sonar sus altos tacones sobre las veredas. Algunas le sonreían, pero ninguna le miró invitándolo a seguirla. Era la hora de entrar a la oficina o al taller y no tenían tiempo... ¡Lástima! ¡Tan buen mozo, recién afeitado, con aquel sombrero negro que daba a su rostro de criollo un encanto melancólico de enamorado, y con ese sobretodo azul, por debajo del cual la raya esplendorosa del pantalón se deslizaba vertiginosamente hacia el zapato de anca de potro! Hasta se daban vuelta a mirarle. Pero, francamente, no tenían tiempo...

Aquella aparente indiferencia y aquel resultado negativo de sus invitaciones, concluyó por cansarlo. No se dió cuenta de que la hora era inoportuna. Sólo pensaba en que tenía un sobretodo nuevo y que las mujeres casi tenían la obligación de corresponder a sus galanterías y ofrecimientos. Terminó por aburrirse, y, apartándose poco a poco de ellas, empezó a pensar en sí mismo.

No tenía qué hacer, pues estaba sin empleo; pero esto no le preocupaba. Tenía ahorros para vivir con cierta holgura mientras durara su cesantía. No tenía familia que le recordara necesidades. Su único pariente, una tía vieja que residía en Córdoba, no necesitaba de él. Y esto lo alegraba. El hombre que está solo es el más fuerte. Por lo demás, era previsor. Meses antes había pagado a la empresa del horno incinerador de cadáveres su derecho a ser carbonizado. Cuando muriera, reco-

gerían su cadáver, lo meterían en el horno y... ¡cenizas! como la del cigarrillo que tiró en la esquina de Avenida y Perú. Le mandarían a la tía el recuerdo ceniciento del sobrino, y se acabó.

La idea de la muerte lo sobrecogió como un grito durante el sueño; pero fué un sobresalto que pasó rápidamente, hundiéndolo más en su abismo reflexivo.

Pasó ante las vitrinas, sin mirarse ya en los grandes vidrios — que día a día recogen la visión física de la vida de la ciudad — filosofando. Ya la neurastenia había abierto la puerta de su desván oscuro y ahuyentado la pequeña alegría que le causara su sobretodo nuevo. Siempre le pasaba lo mismo. Todos los pensamientos sobre su vida, insensiblemente, como por una curva suave y sin sentido, tomaban el camino de la muerte.

¡La muerte! A fuerza de pensar en ella, Pablo González había entristecido su alma y hecho de su vida un amargo grumo de hiel.

Era escéptico y contradictorio en la materia. Sus ideas sobre la muerte y la inmortalidad del alma no eran definitivas. ¿Era la muerte un fenómeno físico puro? ¿Las fuerzas espirituales terminaban en el punto donde fenecían las materiales? ¿Era el alma solamente la facultad de pensar, facultad que se destruía cuando el órgano generador de ella perecía, o tenía otra manifestación posterior? No podía afirmarlo ni negarlo. Había leído bastante sobre el particular. Y sonreía, recordando de Platón, en la Apología de Sócrates, la parte aquella en que este último filósofo, desplegando toda la profunda agilidad de su cerebro prodigioso, intentaba probar la inmortalidad del alma. ¿Cómo probar — decíase — con palabras de hombre nacido de mujer, la existencia de algo que necesariamente estaría fuera de los cinco sentidos humanos? Había terminado su lectura con un gran desaliento. Tampoco los materialistas habían llenado con su barro panteísta el enorme vacío de su doble incredulidad. Los filósofos espiritualistas y los biólogos andaban a puñetazos dentro de su cansado cerebro de empleado de Banco metido a pensador. Sócrates, Maeterlink, Bergson,

Le Dantec, Moleschot... Solamente habían agregado ciencia a su dolor, y sus pensamientos caían como por un precipicio, arañando estas dos paredes opuestas.

A veces pensaba como aquel que dijo:

—Que los hombres, al alimentar sus almas con viejas creencias—que son cual racimos secos—han concluido por hacer sus vidas tan agrias como racimos verdes.

Pero...

Y así, por entre el zumbir de la gran arteria céntrica, Pablo González marchaba, con un andar firme en su cuerpo, vacilante en su espíritu, pensando en la muerte, esforzándose en encontrar salida en un círculo perfecto y por descubrir claridades diáfanas en un callejón oscuro, donde el único farol visible—rojo, como de casa de diversión en una calle de la Boca—alumbraba el rincón de la Locura.

El sobretodo azul, tan hermoso momentos antes, colgaba ahora de sus hombros como de una percha en un hall de casa de pensión pobre, sin gracia, aburrido de vestir a un hombre que pensaba en problema tan abstrusos.

* * *

De pronto sintió un inmenso griterío. Tuvo la intuición de que él era el eje magnético de un acontecimiento inminente y, volviendo a la realidad, levantó la cansada cabeza. Se encontraba en el centro de la calle, entre la acera de la Avenida y la de la plaza de Mayo. En ese momento, un reloj público dejaba caer diez campanadas desde su alta torre. Vió al frente los viejos pilares de la Recova, a su costado derecho el corredor de la casa del Cabildo y a su izquierdo el frente de la Casa Rosada. En un quinto de segundo sus ojos mortales recogieron la imagen de este trozo de la ciudad y se agrandaron hasta desorbitarse cuando Pablo González vió, a cuatro metros de su cuerpo, un enorme automóvil gris, loca la rueda de dirección, sin control, venírsele encima a una velocidad que a él le pareció de un millón de metros por segundo. Detrás de él

paraba en ese instante un tranvía. ¿Para dónde huir? ¿Y cómo huir de un monstruo que no se sabe hacia qué lado torcerá su carrera? Los biólogos y los filósofos, en sus libros, no daban ninguna indicación para ese caso imprevisto, y a su vista no había ninguno de esos cartelitos en que la policía indica los mejores métodos de atravesar una calle y que tan útiles son para las personas no atropelladas.

Pablo González oyó que aumentaba el vocerío, y el horror le corrió por el cuerpo como un escalofrío. Se quedó como una rana en las jaulas de las serpientes en el Zoológico. Un aire caliente, oloroso a bencina y a aceite, le llegó al rostro, y tuvo la impresión de que un viento fuerte lo elevaba a gran altura. Se sintió un espantoso chocar de hierros, detonaciones de aceros que se rompen, de vidrios que se desmenuzan, golpes sordos en cuerpos blandos, y él perdió el sentido de su personalidad. Pero fué sólo un instante, porque inmediatamente sintió como que le crecían alas en los pies y de un salto maravilloso, inverosímil—¡oh Aquiles!—se plantó en la acera de la plaza.

Se dió vuelta. El monstruo gris, volcado, destrozado, giraba aún sus ruedas y despedía un vapor caliente por entre sus intestinos rotos. El tranvía presentaba el aspecto de una persona que recibe un puntapié sorpresivamente, y los pasajeros, con los rostros descompuestos por el pavor, se tiraban de cabeza por las ventanillas. La gente se agrupaba alrededor del montón ardiente.

Pablo González suspiró:

—De buena me he librado.

Siguió andando. Se sentía ahora liviano, despejado, como si el susto hubiese obrado de válvula de escape a su opresión. ¡Qué salto había dado! En otra ocasión le habría parecido sobrenatural.

Llegó hasta la salida de la última estación del subterráneo. En ese momento, un convoy que venía de Flores arrojó una ola de pasajeros hacia el exterior. Se detuvo a mirar. Entre las personas que subían la escala reconoció a una muchacha,

con la que tiempo atrás había tenido un proyecto de pasión. La había perdido de vista durante un tiempo y la encontraba ahora, inesperadamente. ¡Qué ocasión, hoy que tenía sobre todo nuevo! Esperó, mirándola insistentemente y tosiendo para llamar la atención. La mujer miró hacia su lado, él la saludó con gesto risueño, pero ella no le contestó, y pasó, esbelta y apretada, dejando tras de sí un olor a flores. Se quedó estupefacto, siguiéndola con una mirada llena de sorpresa. ¿Por qué no había respondido a su saludo? ¿Estaría enojada? Pero no había motivo para ello. Decidió alcanzarla, y cuando iba a lanzarse tras el rastro de aquel olor a flores, una mano se posó sobre su hombro, y una voz, que parecía venir desde el fondo de sus recuerdos de los diez y ocho años, le dijo:

—¿Cómo te va, Pablo González?...

Se dió vuelta molesto. ¿Quién diablo sería el que...? Pero retrocedió dando un grito de espanto. ¡Ahí, a tres pasos de él, alto, delgado, sonriendo, Alfredo Valenzuela, un amigo de su juventud, muerto en sus propios brazos hacía diez años, lo saludaba!

—¿Qué te pasa, querido? ¿Por qué te asustas?

Pablo González sintió que su cerebro se deslizaba en una espiral de locura.

—¡Pero, cómo! ¡Alfredo Valenzuela! ¡No puede ser!

—Pero, ¿por qué no puede ser?

Pablo hizo un poderoso esfuerzo para recobrar el dominio de sus nervios; avanzó hacia el aparecido, le puso las manos en los hombros, le miró en los ojos, ojos sin pupilas, en cuyo fondo flotaba la sombra, y le preguntó:

—Pero, tú, tú, ¿no estabas muerto?

Alfredo acentuó su sonrisa:

—Sí... Pero ahora tú también lo estás.

—¡Mentira!

—Si estuvieras vivo no me verías y esa muchacha no habría pasado al lado tuyo sin saludarte.

La espiral se acercaba a su vértice agudo.

—¡Pero yo estoy loco o soñando!

—No; no estás loco ni estás soñando; estás muerto. Y te lo voy a probar.

Lo tomó de un brazo y lo arrastró tras él. Pablo se dejó llevar.

—Mira.

Estaban en el punto en que Pablo creyó librarse del automóvil. Miró, y vió, entre el hacinamiento de aceros rotos y hierros doblados, a un joven como de unos veintiocho años, vestido con traje claro y sobretodo azul. Tenía la cabeza destrozada, y sobre su pecho hundido descansaba la cabeza de una mujer rubia. Reconoció su sobretodo, reducido ahora a un guñapo ensangrentado, y todas sus demás ropas de vestir. Se reconoció él mismo.

Toda la angustia del mundo, la tristeza de la tierra y la soledad del mar cayeron sobre él como un martinete sobre un maní. Se sintió empequeñecer hasta lo infinito y cayó sentado, llorando sin lágrimas y con sollozos inmensos que nadie oía. Alfredo Valenzuela lo recogió y se lo llevó a través de la ciudad.

Pablo González, conducido por su amigo, parecía una bolsa de trapos viejos colgando del brazo de un traperero.

Así pasó, de esta vida a la otra, en una mañana de principios de invierno, un hombre de vida solitaria y ánima triste.

* * *

Anduvo así durante un largo rato, sin pensar, sin hablar, sin mirar, como corresponde a un muerto, sumido en una inconsciencia absoluta. Pero poco a poco fué reponiéndose. Se atrevió a mirar, es decir, a ver, y notó con sorpresa que nada le era desconocido. Caminaban por la calle Corrientes. A su lado pasaban mujeres, hombres, niños, perros, y rostros de amigos vivos que no lo veían y rostros de amigos muertos que lo saludaban al pasar con una sonrisa de bienvenida. Parecían decirle:

—¡Hola, Pablito!

—¡Adiós, viejo!

—¡Tanto gusto!

—¿Tú también por aquí?

Empezó a pensar. Lo que le pasaba era casi divertido. Había muerto para unos y nacido para otros. Y lo curioso era que todo estaba igual y que él era él mismo, con su misma alma, idéntico sentido de las cosas e igual personalidad. ¿Qué había pasado, entonces? La explicación le pareció sencilla: Pablo González, empleado cesante, había cambiado—por medio de un accidente callejero—su realidad material por otra inmaterial. Había dejado de ser persona para convertirse en otra cosa distinta. ¿Valía más lo que había dejado de ser o lo que empezaba a ser? Esto le pareció lo esencial. Hizo un rápido balance de su vida extinta: ¿qué podía haber perdido con ella? Bienes materiales, no, puesto que había sido pobre; bienes espirituales, tampoco, ya que su vida había sido desolada y su alma fué triste hasta la muerte. ¿Qué, pues? Después de una concienzuda reflexión, Pablo González concluyó por convencerse de que lo único que podía lamentar, como pérdida sufrida en la mudanza, era su hermoso sobretodo azul. Pero, en cambio, ¡qué mundo infinito se abría ante sus ojos nacidos de nuevo, mundo seguramente lleno de sorpresas y de milagros, de paisajes y de emociones jamás sospechadas!

Terminó por tranquilizarse. Tiró del brazo a su amigo y le dijo:

—Oyeme. Comprendo algo de lo que ha pasado, pero no es suficiente. Quiero saber, además, lo que va a pasar. Te escucho,

Alfredo Valenzuela entró en un café, se sentó, indicó a su amigo que hiciera otro tanto, y mientras la orquesta típica atacaba un tango que se defendía malamente, dijo:

—Es muy sencillo. Tú eras un cuerpo y un espíritu, es decir, un hombre. La muerte, que no es más que un fenómeno de separación de los cuerpos compuestos, ha desunido esos dos elementos; pero ninguno de ellos ha perecido, en el sentido exacto de la palabra. El primero sigue su curso de renovación y simplificación material: se disgrega, entrega sus sustancias a

la tierra, a las plantas, al agua. El segundo asciende por la escala de la purificación moral. Ambos, una vez separados, obedecen a leyes completamente diversas. Tú, como espíritu, no sabes ya nada de tu cuerpo, y tu cuerpo, como materia, no sabe ya nada del espíritu. Ambos existen, y lo único que ha desaparecido es el hombre como animal ciudadano... Este es el hecho, simplemente examinado.

—Bien, ¿qué más?

—Al principio, cuesta acostumbrarse a este nuevo estado. Generalmente, el hombre amolda el espíritu a su cuerpo y no el cuerpo a su espíritu. De este modo, y en la mayoría de los casos, el hombre, a no ser que sea bastante cultivado intelectual y moralmente, adquiere, mientras vive su vida dual, muchos hábitos y costumbres de los cuales hace participar a los dos elementos, cuya influencia persiste después de la desunión y de la que es difícil desprenderse. Así, por ejemplo: cuando yo comencé a vivir como espíritu puro, sentía, a las horas del almuerzo y de la comida, un irresistible deseo de ir al restorán. ¿Para qué, si no había de comer? Pero es que el hábito persistía en mí como un mal olor en un cuarto cerrado. Y así en lo demás, en el cansancio orgánico, en la sed, en el sueño, en el amor físico. El espíritu siente al principio todos esos reflejos inconscientes, como el amputado experimenta, dos o tres días después de la operación, el deseo de rascarse la pierna que el cirujano ha separado del cuerpo...

—Sigue.

—Y es un vagar y un caminar... Como su existencia no tiene una causa de resolución inmediata, y procede de un animal de costumbres, anda desorientado, vaga de un lado a otro y ambula por los mismos sitios que frecuentaba el cuerpo dentro del cual ardía como una llama—clara o turbia—en una lámpara de barro. Hasta que poco a poco esas influencias se disipan, se libera el espíritu de esas groseras taras y empieza a vivir libremente, sin necesitar más que del aire y la luz para existir y poseyendo nada más que tres sentidos: la vista, el

oído y el olfato, llevados a un máximo de perfección. Eso es todo.

—Bien; pero eso es, podríamos decir, el estado exterior del espíritu. ¿Y el interior?

—Aunque me parece que preguntas mucho y quieres saber todo demasiado pronto, te contestaré. El espíritu, al cobrar su libertad individual, trae a esta vida el mismo grado de quietud o de inquietud que poseía durante su cautividad. Si cuando eras hombre eras sano, normal, equilibrado, es decir, un ente que no pensaba y que vegetaba como cualquier poste del alumbrado público, o bien un hombre que había pensado y asentado bien su espíritu sobre el mundo, continuarás igual. Pero si no fuiste ninguno de esos dos seres, si fuiste vacilante, desvelado, febril, continuarás lo mismo que allá, devorado por la angustia.

— Lo mismo que allá...

—Igual, con sólo una diferencia: generalmente, la angustia y la inquietud provienen de insatisfacciones morales o materiales. Aquí no padecerás eso, salvo que tus insatisfacciones sean superiores a lo que la vida espiritual puede darte. Tienes toda la belleza del mundo a tu disposición. Ninguna puerta te será infranqueable ni ninguna muralla impenetrable. Verás y oirás todo lo que desees. Para ti la luz, el aire, son más puros que para hombre alguno. Puedes amar a todas las mujeres que quieras, espiritualmente. Vivirás aquí lo que anhelaste allá. Tal es la noción rudimentaria que puedo darte... Pero, querido Pablo, me pareces un espíritu inquieto en demasía, y eso te será fatal.

Pablo González no contestó. Lo que al principio le pareció un canto nuevo, lleno de ritmos desconocidos, tomaba al final el mismo estribillo del anterior. Miraba las cosas desde un punto distinto, pero todo lo veía igual, cuadrado o redondo. Y volvía a estar triste como antes, como cuando era hombre. Pensaba que casi no valía la pena haber muerto,

Por la calle pasaba la vida, múltiple, inmensa. Sentía el zumbido de su marcha, la pulsación de sus anchas venas, el aliento ardiente de su respiración, el hondo crepitar de su renovación incesante, su grito de hembra que se entregaba al

llamado del amor. ¡Qué lejos estaba él de todo aquello que existía completamente! Quiso llorar, como cuando era un animal humano, con lágrimas gruesas y calientes, pero no pudo. ¡De dónde iba a sacar lágrimas si ya no tenía ojos!

* * *

De pronto Alfredo se levantó exclamando:

—Me llaman.

Y salió hacia la calle. Pablo fué tras él. Caminaron en silencio durante un largo rato, apresuradamente.

—Si seguimos caminando así no llegaremos nunca—dijo Alfredo.—Atravesemos por aquí.

Embistió a una pared y la atravesó, luego otra, y otra, y así sucesivamente pasaron a través de casas de comercio y de habitación, Mientras marchaban, Pablo miraba. Vió en una pieza una pareja que se amaba, en otra un viejo que moría, una señora gorda que se bañaba, niños que nacían, hombres que dormían, que comían, que escribían, que pensaban, que reían, que lloraban. Toda la tragedia, la comedia y el sainete de la vida íntima de la ciudad se representaba ante sus ojos espectrales.

Llegaron, por fin, a una casa de pensión. Atravesaron una última pared y se encontraron en una habitación oscura; cerradas sus puertas y ventanas, sólo se alumbraba con el reflejo de una lamparilla azul. En el centro de ella y alrededor de una mesita de tres patas, estaban varios señores y señoras—entre ellos un joven pálido, con aspecto de enfermo del hígado, y entre ellas una hermosa e insustancial mujer de unos cuarenta y cinco años,—todos con las manos apoyadas sobre la cubierta del pequeño mueble.

Alfredo se sentó en la mesa y Pablo hizo lo mismo. La señora insustancial, con voz de tonadillera, dijo:

—¡Qué pesado vienes!

—Bájate—dijo Alfredo a Pablo.—Es a mí a quien llaman y no a ti.

Pablo se bajó.

—Ahora se ha alivianado—dijo la señora.

—Pero ¿qué es esto, qué hace esta gente aquí y a qué vienes tú?

—Son espiritistas. Este calvo que está aquí es un tío mío. Todos los días me llaman para preguntarme necedades.

La mujer insustancial dijo:

—¿Estás aquí, querido espíritu? Si estás, contéstame con dos golpes; si no estás, con uno.

Álfredo balanceó su pierna y la mesa se levantó dos veces, golpeando, al descender, en el piso de tablas.

—Está aquí—dijo la voz de cupletista.

—¿Qué le preguntamos?—inquirió una señora.

—Pregúntele cuántas veces se dará mi sainete en el teatro—dijo el enfermo del hígado.

—Distinguido espíritu—dijo la hermosa mujer de cuarenta y cinco años,—¿podrías decirme cuántas veces se dará en el teatro Avenida la obra del señor Ramos, titulada: «Cúidamela, por si acaso»? Contéstame por golpes.

Álfredo balanceó su cuerpo y la mesa ascendió diez y ocho veces.

—¿Tan pocas veces? ¡Entonces no voy a cobrar nada de derechos de autor!—gimió el joven pálido.

Álfredo agregó dos golpes más. Pablo se aburría.

—Vámonos; déjate de tonterías.

—Espérate que me pregunten algo.

La voz de la médium se elevó de nuevo:

—Honorable espíritu: ¿puedes decirme cuánto es dos más dos, menos cuatro?

La mesa golpeó ocho veces.

—El pobrecito era muy malo para los números—dijo el tío calvo.

—Se ha enojado—dijo una señora.

—¿Te quieres ir, querido espíritu?

La mesa se levantó dos veces.

—Vete.

Levantaron todos las manos, y Alfredo salió, riéndose, seguido de Pablo.

* * *

—¿Adónde vamos?

—Mira; podemos hacer una cosa: vamos a ver cómo te incineran.

Vagaron por varias calles hasta llegar al sitio deseado. Entraron. Sobre una camilla, el cuerpo exánime de Pablo, despojado de sus ropas, yacía en una postura que él jamás hubiera imaginado adoptar en su estado de occiso. Un señor gordo avisó:

—Ya está listo.

Dos robustos mozos, que seguramente no se preocupaban ni creían en la inmortalidad del alma, cogieron el cuerpo por los brazos y los pies y se lo llevaron. Abrieron la puerta del horno y lo arrojaron dentro.

En ese instante, una moscarda verde voló de la boca del cadáver, y de su nariz, transparente y brillante ya como cera, salió un gusano negro, con dos hermosos y humanos ojos azules, que reptó en dirección a Pablo y lo increpó diciéndole:

—Señor, en nombre de todos mis camaradas presento a usted nuestra formal protesta. Esto, además de ser imbécil, es criminal. Si todos los hombres disponen en vida que sus cuerpos sean quemados después de muertos, ¿qué será del gremio nuestro, tan numeroso como indigente? Todos tenemos derecho a la vida. ¿Por qué entonces violentar y destrozar nuestros derechos naturales adquiridos, con esta medida que no sólo ataca leyes humanas, sino que también va en contra de las leyes divinas? ¿Cómo podrá realizarse, en un futuro cercano, la resurrección de la carne, si ésta es ahora reducida a cenizas? Porque si un cadáver, depositado en una fosa o en un nicho, conserva a su alcance e intactos sus elementos constitutivos anteriores y puede, en un momento dado, reunirlos, incorporarlos y amalgamarlos, volviendo así a su primitivo estado orgánico, no sucederá lo

mismo con uno que ha sido quemado y sus cenizas esparcidas en el viento o guardadas en un vaso de metal cualquiera. ¿Le habría parecido a usted bien, cuando existía en figura de hombre, que los animales sacrificados en el matadero fueran reducidos a cenizas? Indudablemente que no. Igual cosa nos sucede a nosotros. Los hombres se están poniendo egoístas y descreídos. Privan al gusano de su parte humana y a Dios de su parte divina...

—Háganse ustedes vegetarianos—dijo Alfredo.

Pablo no escuchaba el discurso del gusano de ojos azules. Este se encogió como desalentado, se arrastró un poco y desapareció en un agujero, con el aspecto del obrero que ha salido a buscar trabajo y no ha encontrado.

La fuerza eléctrica había sido dada. Al recibir el contacto, el cadáver estiró un brazo, encogió una pierna, tal como una rana atacada por la corriente galvánica, quedando al fin rígido. Por un instante, Pablo creyó que vivía de nuevo; pero no era posible. El estaba fuera de su cuerpo, faltaba a éste su fuerza anímica y la vida no volvería a agitar aquellos miembros inertes, que se doraban lentamente como un pavo en el asador.

* * *

Cuando salieron, la tarde inmensa caía sobre el mundo y el viento sudoeste empezaba a arrear las sombras sobre el río.

Anduvieron, anduvieron, sin rumbo, al azar, tal como cuando eran hombres y no tenían nada que decir ni nada que hacer.

—¿Qué hacemos, Alfredo?

—Yo pienso ir a un concierto del maestro Risler en el Odeón, ¿Vamos?

—No, sentémosnos aquí y hablemos. Oyeme: yo estoy triste... Siento haber perdido mi hermosa vida, hermosa porque la he perdido y porque en ella pude haber hecho muchas cosas dignas y buenas. Pero me faltó el sentido de la vida misma. Me preguntaba: ¿para qué vivir?, sin comprender que no hay que preguntar, sino afirmar. En lugar de decir: ¿para qué vivo?,

debí decir: Vivo para esto, para ser puro, para ser fuerte, ser perfecto y para decir a los hombres que deben ser puros, fuertes y perfectos. Este es el secreto que ahora poseo, aunque ya es tarde. Pero quiero que me indiques cuál es el sentido de la nueva vida, cuál su desarrollo, cuál su finalidad.

En el silencio del crepúsculo, la voz atonal de Alfredo se elevó:

—Esta vida es igual que la otra, con las diferencias ya indicadas. Pero ahora posees el secreto. Sé aquí lo que no pudiste ser allá: puro, perfecto y fuerte. Lo tienes todo: sabiduría, comprensión, medios. El hombre tiene cinco sentidos; todos ellos le sirven admirablemente, mas él no los utiliza para elevarse por medio de ellos, sino para rebajarse. Ellos priman sobre el espíritu. Tiene ojos para ver, mas no ve con ellos la belleza del mundo; le sirven únicamente para no tropezar con los postes, para mirar las piernas de las mujeres cuando suben al tranvía y para cuando va al biógrafo. Tiene oídos, pero no los usa para oír la armonía del universo; los utiliza para hablar por teléfono, para escuchar la radio y para otros menesteres. Tiene voz y posee el don de la palabra, pero no usa estas facultades para cosa alguna de provecho; ellas le sirven para hablar en las cámaras del Congreso, para vender papas o para gritar en los mítines. Y así en todo. Cuando el hombre suavice sus sentidos y los use para bien de su espíritu y no para saciedad de su carne, estará salvado, puesto que su espíritu se suavizará también y sus sentimientos serán plácidos y sencillos. A esta situación has llegado tú por medio de la muerte. Estás en el principio; entra más adentro.

—¡Pero yo no quiero ser un espectro perfecto, sino un hombre perfecto! ¿Cómo es posible que yo sea feliz, cuando a mi lado, en la calles, en las casas, en todo el mundo, los hombres viven y mueren sin saber, sin comprender, devorados unos por la angustia, otros por la grosería, otros por la idea de la muerte, sin realizar nada sano, nada bueno y llevándose consigo, cuando mueren, aquello que en ellos había de puro y que se pudrió con ellos, sin que nadie supiera que existía? Por un hombre que llega-

ba a entender algo, hay millones que no entienden nada y que viven como en el primer día del lenguaje articulado. ¡No! Yo quiero que todos los que viven sean como yo puedo ser ahora. Decirles lo que deben pensar, hacer, realizar.

—Eso no es posible, querido. No tenemos ninguna influencia sobre la humanidad. ¿No ves que somos espíritu? Los hombres viven entregados a sí mismos y llegarán, o no llegarán, a perfeccionarse, dentro de una eternidad. Nadie puede hacer nada por ellos, sino ellos mismos.

—¿Y Dios?

Alfredo puso la cara que pone el transeunte a quien se le pregunta por una calle que no conoce:

—No me preguntes por él, pues no le conozco. No vive en este barrio ni nadie sabe en cuál.

—¿Cómo? Ni aun siendo espíritu...

—Sí, ni aun siéndolo.

—Pero, entonces, ¿esto es el eterno vagar, el eterno ambular, sin sentido, sin fin? ¿O hay otra vida más aún?

—Tal vez. Muchos espíritus desaparecen. No vuelven nunca más. Quizás van a un plano superior, a transformarse en luz, en aire, en éter, en sombra, y giran alrededor nuestro sin que nosotros los veamos, como nosotros alrededor de los hombres, sin que ellos nos vean.

Hubo un largo silencio, durante el cual Pablo pensaba, y Alfredo, con las manos sosteniendo las rodillas, decía para sí:

—Voy a llegar tarde al concierto...

De pronto Pablo se levantó y dijo:

—¿No es posible, como en la vida del hombre, eliminarse en busca de la nada o de otra vida?

Alfredo señaló hacia el río y contestó:

—El agua es un elemento disolvente para nosotros.

Se separaron, abrazándose. Pablo se dirigió hacia el río y Alfredo, sentándose en la capota de un automóvil que pasaba, se fué al Odeón.

* * *

Cuando Pablo llegó a la orilla del río, la hélice del día daba su última vuelta. Parado sobre el murallón, con los brazos abiertos, miró por última vez el mundo. Luego, se dejó caer rectamente y se hundió en el río. Un espíritu que pasaba por ahí gritó:

—¡Hombre al agua!

Pero nadie acudió.

Luis Moncada

Motivos del “Juan Cristóbal”

GRAZZIA BUOTEMPI



ECORDEMOS. La tarde ha roto el dique
de la altura y esmalta las praderas.

De los batracios ruedan las argollas de oro
por sobre el cristal liso de la tarde serena
en que Ella, como el Cristo-niño de Zurbarán,
duerme sobre la cruz, del amor que la espera.

Cruz de los cuatro brazos abiertos construyendo
la rosa de los vientos, en la eterna tragedia
de señalar las rutas del amor que concluyen
en el Gólgota génesis, en perenne naciencia.

El Futuro atraviesa el jardín de su alma,
jardinero expertísimo en cultivar las finas
rosas, aunque un atraso halle muertas las flores.
Entonce cuida espinas. Entonce cuida espinas.

Norte de Italia, fuiste su alero azul temblante,
mano sobre los ojos por ver a la distancia.
Y ese horizonte estaba tajeado por la ruta
que conduce a Lutecia, oh, dulce y bella Grazzia.

Tu dulzura de Virgen del Rosetto—que Luini,
allá en Milán, untando su pincel en las flores,
pintó sobre el recuerdo de quien viera su tela—,
tu dulzura de virgen va por la ciudad, triste.

Pero a los tristes siempre los sorprende un hallazgo.
Y allá encontró al amor, que es el siempre encontrado.
Al amor más amor, al que sólo está en uno:
ni en el presentimiento del amado.

* * *

El sol de Italia es nuevo cuando a Italia se vuelve.
Grazzia en él sumergida es un trozo de luz.
El alto cielo claro. La soledad inquieta.
Espacio que entristece en su amplitud.

Un caminito lleva a la niña que sueña.
Lleva un mensaje escrito que nadie leerá.

Quien rompa el corazón, que guarde sus pedazos.
La cicatriz porfiada se hará amar.

Bizarrias de Antaño

IV

Ya mediados de Mayo de 1897 me vine resuelto a la conquista de Santiago, me vine confiado a mi buena suerte y en mi pluma. Este era todo mi tesoro. Me presenté a *La Ley* a pedir una ocupación, la que me había prometido, seis meses hacía, por carta, su director don Juan Agustín Palazuelos. Por desgracia, éste había sido sepultado dos días antes de mi llegada. No obtuve, por de contado, sino promesas de que me comprarían un artículo a la semana por *cinco pesos*.

Conocí desde el primer momento al redactor en jefe, Ramón L. Carvallo, al segundo, Jorge E. Guerra. En las demás reparticiones del diario estaban Emilio Rodríguez Mendoza, Robinson Bascur Rubio, Eduardo Grez Padilla y Guillermo Otero. Cabrera Guerra, jefe de la redacción noticiosa, me llevó a su casa de pensión, desde la primera noche de mi llegada. A Bascur Rubio ya lo había conocido en su viaje de propaganda en Los Angeles por la independencia de Cuba.

Al principio todos estos personajes me miraron con gran curiosidad, como una cosa rara. Me presentaban como tal, a los visitantes, que eran muchos en la noche. Así conocí a otros colaboradores de *La Ley*, al ciego Oliveira, a Ventura Fraga, a un señor Rojas y Rojas que escribía bajo el rubro de «Yun-

que», y entre los diputados al pobre Carlos T. Robinet que ingenuamente me dijo al serle presentado:

—¡Pero qué jovencito es Ud, y ya ha metido tanta bulla! Yo lo creía un viejo...

Pronto vine a conocer la mentalidad de mis nuevos compañeros: en materia literaria eran completamente refractarios a las innovaciones que yo practicaba; se burlaban denodadamente de ellas. Esto me asombró y me desconsoló, porque vi bien que dentro de la misma casa tendría que luchar. Y cuando conocí a otros escritores y poetas más refractarios aún al modernismo, que dejaban de oro y azul a Rubén Darío y que negaban el agua y el pan a quien, como yo, le defendía y justificaba por el remozamiento lírico que tan brillantemente había emprendido, me convencí de que yo había llegado en el punto y hora señalados por el Destino para ser el portaestandarte de la renovación literaria, y que, por ende, con ánimo esforzado y corazón varonil debía ir adelante, yo el primero en este *práctico* Chile.

Eran muy curiosas las especies que del modernismo se propalaban en esta capital, dictadas, casi todas, evidentemente, de mala fe. Y no eran pocos entre los escritores de aquel tiempo, los que estaban completamente ayunos de la renovación rítmica y para quienes las nuevas tendencias literarias se resumían en estas dos fórmulas: *descoyuntamiento* de la métrica y abuso de los vocablos exóticos y de la mitología. Se enfurecían contra lo que ellos llamaban el gongorismo y—¡oh extremos del sectarismo!—odiaban a los poetas nuevos y lanzaban contra ellos sus flechas envenenadas y los más rechinantes dicterios... El nombre de Rubén Darío tenía la virtud de exasperarlos. ¡Y pensar que estos mismos que gritaban contra él ¡anatemá! fueran después, años andando, los que tuvieran que cantar la palinodia!

A. de Géry, que escribía entonces unas «Crónicas Semanales» en *La Ley*, en estilo fácil y pintoresco, casi con la misma galanura que el modernismo pedía, era el que gastaba mayor virulencia en las tertulias del diario contra los mal llamados decadentes. Lo asombroso para mí era que Emilio Rodríguez

Mendoza, que había publicado en 1895 un pequeño libro, «Gotas de Absintio», prologado por el mismísimo Rubén Darío, fuera el que más terriblemente atacara la nueva escuela. Después supe que el prólogo le había disgustado porque en él se decía que «habría que recordar al que trajo a Chile la gallina de los huevos de oro». Lo que habría sido equivalente a decir que el autor de «Azul» había señalado en este país las nuevas normas de la prosa a A. de Gély.

Y sucedió que a las pocas semanas tuve yo mismo que dar una lección, la primera, a este señor. He aquí como fué: Publiqué en *La Ley* mi «Rapsodia»:

De las tierras lejanas del sur vecinas al polo
donde soplan su ronco clarín las tropas de Eolo,
trovador incansable del gris, yo traigo en mi lira
una virgen brumosa canción que llora y suspira.

¡Oh! qué bella es mi tierra insular que envuelve la bruma
como un peplo tiznado de azul, de nieve y espuma.
En sus frondas el rayo del sol entibia los nidos
que alborozan el Alba al nacer y rondan perdidos
los alientos del austro polar que va en los capullos
de los mirtos dejando un rumor, endechas y arrullos,
de su mágico y blando laúd. ¡Qué bella es mi tierra!
Es la virgen que escucha del mar el himno que encierra,
melancólico y bravo, la voz de todas las ninfas
que en góndolas de oro y azul recorren las linfas
en las noches plateadas de Abril, luciendo sus flancos
como un nácar de carne auroral, rosados y blancos.

Hay un arpa en las Islas del Sur, un arpa seráfica.
Su cordaje una ninfa polar lo tejió; su mágica
voz las auras le dieron; el sol la estrofa suprema
arrancó de sus cuerdas, el Rey de blonda diadema.

Florecieron al flébil rumor laureles y lumas,
los jilgueros batieron sin fin sus líricas plumas;
se bañaron las ninfas en luz, las reinas del piélago,
como un soplo divino cruzó por el Archipiélago.

Al nacer esa trova escuché. Su olimpica nota
una sílfide ignota me dió. Es risa que puebla
el país de la niebla; cantar que lleva una rima
que los pechos anima, cual voz de alegre clarín
que triunfante culmina un tritón o un regio delfín.
Cuando alegre yo canto la doy cantando las brumas
de las blancas espumas del mar, fulgente y sonoro,
con sus láminas de oro de Ofir, magnífico hosanna
a la Isla lejana del Sur que vió al trovador
allá al pie de una tumba sin cruz llorar su dolor.

Breves días después Emilio Rodríguez Mendoza dió a luz
un artículo tan indigno contra los modernistas americanos, que
me movió a salir a la defensa en el mismo diario y con el
beneplácito de los directores. Esta es:

•BREVÍSIMA RÉPLICA

(A cierta Croniquilla)

«A. de Géry es todo un valiente.

«Ha puesto, hace poco, de oro y azul a los literatos jóvenes
de América y les ha lanzado al rostro como una puñada el
anatema, la palabra horriblemente fatídica: ¡*Decadentes!*

«Yo no creo que con exactitud pueda motejarse con este vo-
cablo a la pléyade de jóvenes escritores americanos. Puede que
sean, sólo hasta cierto punto, imitadores de los novísimos lite-
ratos y poetas tildados de decadentes y degenerados en la

siempre joven y fecunda Lutecia; pero no son los serviles copistas de sus defectos y exageraciones.

«Y no se hace de ninguna manera obra buena, obra justiciera, para con los americanos que se dedican al Arte, al lanzarles pullas y denuestos de todo punto sin justificación.

«Cierto es que ellos aún no tienen ese atildamiento en la frase, esa galanura en el decir, propios de los maestros, fruto de largos estudios y de larga práctica; como también no es menos verdadero que los que hoy en América cultivan las bellas letras, son todos mozos de ingenio que lograrán sobresalir y ser timbres de honor en la literatura de este continente. ¿A qué entonces zaherirlos cuando principian? ¿A qué esas acerbas críticas, si merecen tal nombre? Se comprende, por ejemplo, la de Anatole France, la de Bourget, esa crítica amplia, artística; pero no esa otra estrecha y rutinaria a lo Clemencín y Valbuena que pone los puntos sobre las ies y subraya voquibles; porque ella me parece inspirada por pasiones poco elevadas, acaso la envidia y la impotencia.

«Yo me atrevería a llamar a los jóvenes literatos americanos, *precursores* que no *decadentes*; *precursores* de un arte nuevo, de un arte robusto y fecundo, del arte del porvenir que ha de ser como la síntesis de todas las bellezas por ahí diluidas y dispersas en las escuelas modernistas que se disputan la primacía; el cual, condenando las exageraciones, quemando los bagajes inútiles, ha de ser más humano, más racional, ha de traducir todos los ideales, todas las aspiraciones de la humanidad que piensa y que lucha por conquistar lo bello y lo bueno en verdad; el cual ha de ser reflejo exactísimo de los estados sociales y psicológico de los pueblos y de las razas.

«Y a estos precursores ¿por qué Géry los llama *decadentes*, a estos escritores muy dignos de aplausos? ¿Acaso porque han abusado del vocablo exótico? No niego que esto sea censurable.

«Pero hay que convenir en que es necesario, hoy por hoy, dar a la frase cierto brillo y cierta novedad, cierto ritmo y cierta cadencia que la distinga del sobajado párrafo de gace-

tilla diaria. De otra manera jamás la página literaria, o la que presume de tal, tendrá algo de artística.

«Sí; antes que todo hay que hacer Arte. Y no hay que olvidar que del abuso de las palabras exóticas resulta, casi siempre, un enriquecimiento de la lengua. Góngora hizo mal e hizo bien. (Esto lo demostraré en otra réplica).

«La verdad es que la crítica (no sé si sería mejor no llamar así ese artículo) de Géry en la cual me ocupo, es muy amarga. De los que presiden hoy en este continente el renacimiento literario, no creo que haya alguno que sea *estólido, raro de publicidad, gandul, vagabundo, copatuno*, etc., etc., como se les dice en esa Croniquilla. Por cierto que a Rubén Darío no alcanza eso. ¿Y cómo había de decirlo de él cabalmente el mismo que le solicitó un prólogo para cierto libro que anda por ahí? ¿Va eso, acaso, contra Lugones, o Valencia, o Nervo o Chocano, cuyos ingenios y talentos ya no se discuten porque se han impuesto a la turbamulta, a los caricaturistas del cuento francés?

«Yo aseguro a Géry que Leopoldo Lugones no es socialista porque se haya leído un almanaque anárquico. Su ilustración y sapiencia superan con mucho a las de cierto revistero que conoce los libros y los nombres ilustres en las esferas del Arte, sólo de oídas.

«Comprendo que en Europa se censuren las exageraciones de los «decadentes» que torturan como en un potro el idioma y que son laberínticos a fuer de querer ser originales. En América, donde no hay *decadentes* en el recto sentido de la palabra, toda censura es una estocada al aire. Por regla general, los jóvenes literatos americanos no están afiliados en ninguna capilla. No sería, tal vez, desacertado apellidarlos *eclécticos*, salvo López Penha, el colombiano. Yo los llamo «precursores», desde que no creo que la poesía ha muerto con Hugo ni la bella prosa ha de ser enterrada al fin de esta centuria. (Si mal no recuerdo, Mallarmé dijo algo parecido).

«Creo conveniente advertir antes de terminar, que me desentendiendo de muchos conceptos equivocados que en la Croniquilla

de mi referencia se estampan. Queda replicado lo que en ella había que replicar.

«Si quiere Géry dilucidar tópicos referentes a las escuelas literarias hoy en auge, le aconsejo, para en adelante, mayor templanza de ánimo y más corrección en el lenguaje. Y si no sale a romper lealmente una lanza en este torneo a que le provocho, he de creer que aún, para él, no ha llegado la hora de ese torneo».

Rodríguez Mendoza no contestó; pero tampoco volvió a acometerme. Nuestra camaradería, desde entonces, a través del tiempo y las distancias, nuestra camaradería intelectual ha continuado apaciblemente. Y yo soy el primero en reconocerle y aplaudirle por la labor que ha realizado en la literatura nacional. El, al obsequiarme el año 99 su novelita «Ultima Esperanza» me decía *paladín del decadentismo* en Chile. Y añadía: «Con el cariño y la admiración del Autor».

Si en A. de Géry había yo encontrado una no muy agradable acogida, en cambio el poeta Samuel A. Lillo, a quien fui presentado por el eminente profesor universitario don Valentín Letelier, me recibió con la más franca simpatía. Era el poeta inspector en la Escuela de Derecho y ésta ocupaba el edificio en que hoy está el Liceo de Niñas N.º 3, en Delicias. Casi todas las tardes las pasaba con él y hacía once con los distintos profesores universitarios, departiendo con la mayor cordialidad con tantos hombres ilustres. Así ellos me honraron que yo no olvidaré nunca los nombres de magistrados tan respetables como don Leopoldo Urrutia y don Galvarino Gallardo, que alcanzaron a presidentes de la Corte Suprema, ni a don José Antonio Lira, don Francisco Noguera. etc.

Lillo no ha cambiado con el tiempo. Hoy que es pro-rector de la Universidad y que ha alcanzado otros muy merecidos honores, igual bondad de corazón y magnanimidad de espíritu le distinguen. Si él ayer fué mi voz de aliento, mi defensor ante

los émulos y los envidiosos, si me confortó en mis desfallecimientos, si restañó las heridas que me hicieron enemigos perversos, hoy del mismo modo es mi amigo fraternal; y yo he sido el heraldo y proclamador regocijado de sus triunfos y he roto lanzas, que este era mi deber, en la cabeza de los muleños que intentaron apedrearle.

Recuerdo aquellas tardes de invierno que tienen en la memoria, ya que pasaron, una apacible dulcedumbre. Desde nuestros sillones mirábamos, a través de la ventana, caer la lluvia fina, larga, continuada y triste. Los carruajes pasaban en la calle, rápidos y ruidosos, tirados por escuálidos jamelgos que trotaban a los implacables fustazos de los aurigas. Los transeúntes al pasar, por la ventana nos miraban rápidamente, alguno como si envidiara nuestra contemplación beatífica. De improviso se interrumpía el silencio con una estrofa dulce y musical de Samuel, o con la irrupción brusca del joven empleado a quien llamaban el *General*, grandísimo hablador que tenía la facultad terrible de discutir incansable sobre los temas más variados y contradictorios. ¡Terrible General! Aún me parece oír los consejos que con aire de protección me daba sobre poesía y arte, que no entendía palotada. Jamás se pronunció la palabra *decadente* con más inflada y hueca petulancia y fatuidad despreciativa como la dijeron los labios de este sedicente y nuevo Juan Pico de la Mirándola.

Una de esas tardes, el poeta Lillo quiso que le escribiera unos versos en el álbum de su hijita María, una guagüita entonces. Acaso admiraréis la sencillez de esta poesía inédita hasta hoy; si tenéis presente que la compuse en lo más reñido del entrevero de mis campañas líricas. Hela aquí:

INOCENCIA

Sus ojos azules, sus rizos de oro,
brillando en la alcoba nupcial.

Besando los ojos, el novio a la novia, la dijo:—Te adoro.
Y un ángel lloraba de pie en el umbral.

—¿Qué pena te aflige? ¿Quién eres? ¿Qué lloras,
oh! ángel de alas de azur!
—Yo soy la inocencia y lloro mis blancas y muertas auroras.
Hirióme en un beso de Amor la segur.

—No llores—la dijo la dulce Esperanza—
que así lo ha querido el buen Dios;
desplega las alas sutiles de nácar, los cielos alcanza;
yo quedo en la alcoba velando a los dos.

* * *

Después una cuna chiquita en la alcoba,
la risa de algún serafín...
Ha vuelto Inocencia gorjeando su agúu. La madre se arroba:
¡tan dulce es la risa de aquel serafín!

El original de esta poesía, el papel amarillento, tiene al fin
la fecha y se lee en seguida: *Palacio de Verano*. Com-
prenderéis la resignada ironía si os refiero que en
aquel tiempo vivía en un muy humilde cuartito
de la casa de pensión, a la entrada de
la calle Santa Rosa...

El buscador de sí mismo

I

NADIE pudo nunca detener las palabras que buscan en la sombra, cautelosas, el camino que conduce a otro corazón. Así, yo que soy un hombre como cualquier otro, desprovisto de importancia en medio de todos, estoy, ahora, enhebrando palabras usuales, gastadas por la tristeza de servir, años y años, a la misma inquietud dispersa y sin sentido. Ellas acuden a mí en atropellada multitud que desborda límites y se pierde en confusas regiones de sueño; luego, se rehacen y extienden sus redes, ávidas, para coger los enigmas que cruzan la vida.

Heme aquí, frente a las perspectivas infinitas de mi propia soledad, mirando el juego terrible de mis palabras y de mis anhelos que se buscan, se persiguen y nunca se alcanzan. Yo atraigo las cosas más lejanas, los sentimientos que se esconden, las inciertas visiones, el ímpetu constante que no encuentra cauce: todo eso constituye la perseguida riqueza que yo consigo rodear, a veces, de cálidas e impacientes palabras. Sin embargo, todo eso, por olvidados intersticios, se me escapa pronto hacia las zonas misteriosas y libres donde en vano se renueva el esfuerzo por expresarlo y el desaliento de la derrota inevitable.

Nada queda a menudo, nada, sino un puñado de gritos estériles lanzados al vacío, deslizándose hacia el decisivo olvido, torvo viento que sacude las almas ateridas de ansias y las empuja a la negación desesperada. Quisiera decir, por ejemplo, las cosas vagas y tristes que la marea del crepúsculo echa sobre mi corazón desamparado, o bien, la ansiedad que viene de aquel horizonte donde golpea el mar. Hacia allá está mi alma en viaje perpetuo, buscadora insatisfecha, ebrio meteoro que alumbra senderos que no llevan a parte alguna y se deshace en cantos que nadie escucha.

Esa es la inútil fatiga, mis amigos, ese es el viaje siempre en comienzo que emprendo cada mañana en busca de mí mismo. Débiles sostenes de mi sueño desmesurado, trémulas, cohibidas palabras, yo os quisiera osadas y vastas, capaces del impulso definitivo y de la verdad resplandeciente. Y es infructuoso el terco empeño de expresarse, y el espíritu sigue solitario, y el camino que conduce a otro corazón está siempre cerrado. Acaso sea mejor así y nunca debemos desear otra cosa, nunca, porque el infinito está en cada uno de nosotros y el pensamiento persigue, a través de la vida, su propia sombra.

II

Nadie podría decirlo: es algo que nació y crece amparado en el calor de una palabra apenas escuchada: y nada importa que eso no se pueda decir. Portadora del más deseado engaño, a mí te traen las rachas de este otoño; y yo he encendido mi lámpara cordial a la entrada del camino. ¿Más allá de qué confines de angustia podría el buscador olvidarse de tu nombre grabado en todas las estrellas de la soledad?

Decidme de dónde y por qué brota esta clara alegría serena, un poco triste a veces, al apretar dulcemente tu brazo, caminando a lo largo de pensativas avenidas que terminan en la noche... He aquí el muro de siempre, y los árboles enrojecidos por la última lumbrarada del poniente, y el banco donde tantos grabaron, temerosos del tiempo, la huella de sus

ternuras fugitivas. Aquí, sus manos se juntaron, igual que las nuestras, cargadas de indecisas promesas, y sería muchas veces, como ahora, el dorado otoño propicio a la nostalgia obstinada y al dulce silencio.

Al borde de tu silencio comienzan para mí el sueño indefinible y el dolor recóndito. Ebrio de alucinantes lejanías, repito el llamado que tu recogerás en un hueco de tu antigua ternura. Sin embargo, apoyado en la borda amarillenta del crepúsculo, alguien—acaso yo mismo—me llama ahora, y tus labios que man con la angustia de las despedidas, y tus palabras se enredan a mi esperanza incontenible. Y es que no sé en qué instante, dueña de todo, amarraste mi corazón al oscuro rosál de tu anhelo.

Cansada ceniza de ausencia llueve lentamente sobre los árboles ateridos y envuelve nuestra absorta alegría. Tal vez por ella, yo encontraría las desconocidas y hermosas palabras que traducen el ansia perdurable, y podría hacerlas arraigar en tu silencio, esta tarde. Hay también un algo de abandono en la tristeza de los ramajes bronceados y la emoción brota—hilo de agua en la tierra pobre—y va al encuentro de tu mirada y de sus lejanías profundas.

Yo encerré la vida en un instante y bruñí los contornos del último sueño con la más dura voluntad: fué mío el impulso que desata amarras persistentes; fué mío el adusto deseo de perderte; pero aquí estás, en retorno perenne, desenvolviendo jubilosa esperanza a la entrada de la próxima noche. Y es el otoño, la buena estación en que acontecen cosas melancólicas y extrañas, y yo quisiera decirte algo que nunca comprenderás por entero mientras se encienden los astros innumerables y brota en las almas la congoja sin nombre.

III

Este es el duro silencio que tanto temen nuestras dudas inexpressables y los viejos rencores que acechan; este es el duro silencio que nunca comprenderemos, que viene no se sabe de

donde y se anuda traidoramente a nuestra desconfianza dolorosa, Deja, mi amiga, que el camino nos conduzca a cualquier parte y que nuestras miradas se rehuyan como las de dos enemigos y que nos sintamos, al mismo tiempo, dueños de idénticos secretos y soledad.

Muchas tardes, muchas, yo estuve agazapado en el hastío, imaginando una despedida que no sé decirte porque la quisiera casi alegre, sencilla como las cosas banales. Hay que partir, a pesar de tus ojos donde encontré los más extraños paisajes; hay que estrechar, por última vez, tus manos que tejieron guirnaldas ardientes en torno a mi deseo. Pero es pobre y ninguna importancia tiene el mañana si tu sonrisa no se asoma a mi vida y tu presencia no prevalece en mis instantes.

Eso también lo comprendo, y me duele el pensamiento de tu ausencia posible, y este duro silencio extendido entre nosotros como una alta montaña nevada. Están aquí, en este minuto que se alarga como una agonía dolorosa, las posibilidades entre las cuales gira nuestra suerte enemiga. Acaso sea mejor buscar la plena soledad y que tú te vayas adonde nunca pueda hallarte. Acaso sea mejor seguir gustando, por siempre, el regocijo cotidiano y humilde de tu compañía y de tu entrega.

¿Quién podría señalar la fuerza cierta de estos anhelos contradictorios e imperiosos que me acercan y me alejan sin que pueda romper el secreto inveterado? ¿Quién ha podido nunca descifrar el secreto fluctuante de su propio corazón? Venid en mi ayuda, buenos recuerdos acumulados bajo la lámpara de invierno, y luego vosotros, caminos de aventura y peligro que ofrecéis una resurrección cada mañana. ¿Dónde está la verdad de mí mismo, la plenitud gozosa de mí mismo?

Yo estoy vacilante, enredado en designios antagónicos que no puedo penetrar, cercado por la pesadumbre otoñal de este silencio, y sintiendo, no obstante, la sugestión de tu presencia y de tus palabras contenidas. Esta tarde no se parece a todas nuestras tardes, aunque el cinturón eterno de las montañas se dore con el mismo reflejo muriente, y vuelen, persiguiéndose

por el valle, las mismas campanadas humedecidas por la niebla que nace.

Además, eso nada importa. Aunque todo fuera distinto, y este duro silencio se hiciera más denso y alto, y te viera lejana, perdida, como las cosas que ya dejamos de desear, bastará un pequeño gesto tuyo, un brillo emocionado de tu mirada, un comienzo trémulo de palabra, para que todo siga igual como antes, como siempre. No podría decirte mi despedida, tal vez no podré decirla nunca; y acaso, marchando a tu lado, te esté esperando y buscando durante todos nuestros días venideros, como ahora, en esta orilla del silencio y del otoño...

IV

Viene la hora lenta y triste en que no se sabe a dónde ir, la hora en que el espíritu alarga raíces hambrientas a lo desconocido y lo lejano. No enciendas todavía la lámpara: deja que vuelvan y se agiten como los pájaros nocturnos que el día ahuyenta, los gimientes recuerdos, las imprecisas imágenes que jalonan el irremediable pasado sobre el cual nada podemos.

Somos distintos de los que cogían con despreocupación regocijada la fruta estival de la vida, y esos que se buscaban, a través de los designios y los azares, no somos tampoco nosotros. He ahí muchas almas que fueron nuestras y que retornan para musitar cosas olvidadas que ya no comprendemos. Porque se acumularon los sucesos cotidianos, los desalientos sordidos arraigaron en nuestro destino, y se alzó, cerrando rutas y horizontes, la fatal monotonía de la costumbre.

Hasta ese día—igual a todos los otros días, perdido en el tiempo que se precipita y no retorna—en que un mismo pensamiento dichoso nos acercó y nos hizo estrecharnos, magníficamente ciegos, ricos de una desesperada alegría: también ese día está muerto; sólo nosotros, sobrevivientes oscuros, náufragos en el infinito desaliento, seguimos tendiendo nuestras manos mendigas hacia las islas imposibles del recuerdo.

No enciendas todavía la lámpara: deja que el espíritu se llene

de voces olvidadas y vague de nuevo por senderos imaginarios y por mares de sueño. Aquí está el barco maravilloso con las velas hinchadas por un viento de aventura. Romped las amarras y que todo sea como antes, cuando me alejaba de ti para encontrarte, y era el inquieto Peer Gynt, buscador de sí mismo.

Ya os reconozco, panoramas inabarcables, espléndidas visiones, abismos terribles. ¿Qué montaña alzada en la noche, qué símbolo levantado frente a la intrepidez del espíritu libre pudo detenerme y amedrentarme en mi marcha segura? Delirante embriaguez me empujaba más allá de las mezquinas virtudes de los hombres: amaba la vida y el poderío de los instintos y el frenesí de ser el único dueño de mi corazón. ¡Ah, con qué sonrisa cogía los enigmas y los dolores para guardarlos en mi corazón y en mi destino!

Mi barco estaba siempre aparejado, listo para un viaje imposible a través de las almas. No sé cuántas pupilas se han cerrado bajo las mías, no sé cuántos cuerpos han temblado, prisioneros, en la red crujiente de mi pasión, no sé cuántos oídos han escuchado, sin entenderlo, el canto de mi esperanza invencible. Y mi amor estuvo siempre huérfano y vagabundo, sin otro apoyo que el de mi orgullo solitario.

No enciendas todavía la lámpara: deja que vuelvan y se agiten en esta hora propicia, los tumultuosos recuerdos, las congojas antiguas, la ansiedad que me arrancó de tus brazos para volverme a tu corazón. Es bueno en esta tarde lenta, de otoño, juntar los párpados, sentirte por unos instantes eternos lejos, muy lejos, y volverte a encontrar, al abrir los ojos, al lado de esa lámpara que encendiste para siempre en la noche sin aurora de mi desamparo.

V

... Sin que mi turbia conciencia reparara, el pensamiento más tenebroso, aquel que se ocultaba de todos los otros, ha llegado a ser el orientador inflexible de mis dispersas energías. Lentamente, como la nube de tempestad que hace poco se extendió borrando las pálidas estrellas del cielo desnudo, así

ha ocupado mi espíritu y el tiempo donde mi espíritu ensayaba el triste juego del deseo contra la enemiga realidad.

Quisiera poder expresar el furor de este oleaje sombrío y los grandes silencios donde se fragua la determinación definitiva. Entre las cuatro paredes de esta pieza yo encierro el infinito, las maravillosas lejanías del sueño, toda la luz de una aurora posible que no viene. Giran vertiginosos enigmas en torno a mi conciencia profunda. En la hora más silenciosa de esta noche desventurada e inmensa, el espanto, como un ladrón, entró a mi vida.

¿Qué fué acumulando el tiempo en su incesante y casi imperceptible retirada? Sólo miseria, ambiciones incumplidas, desaliento; aluvión de espanto y sueño. El espanto modificó las perspectivas, enredó en círculos de absurdo la esperanza confiada. ¿Adónde ir?... En el día de lluvia, persiguiendo imágenes y recuerdos a través de la ciudad solitaria, ví prolongarse el tiempo—mi mañana, mi camino—estrecho, sucio, como la calle de puertas cerradas y ventanas sórdidas.

Siempre será la misma gente, idénticas actitudes ante lo irremediable, una borrosa y terriblemente monótona sucesión de sonrisas y muecas: mentira petrificada, vieja como el pueblo, como la vida. Nadie quiere saber la verdad ni mirar a su propio corazón. Ahí están el espanto y el hastío, acurrucados en el fondo, espiondo el ingenuo esfuerzo de todos los días, distribuyendo, con subterránea insistencia, las raíces de la duda y del odio.

No intentéis escapar a su torvo poderío. Luego esas raíces se vigorizan, rompen la banal superficie de la rutina y de la dicha; y surgen así, invisibles floraciones que esparcen hacia todas partes sus ramajes lóbregos y sus olores malignos. Ellos oscurecen y asfixian las almas trémulas, cohibidas. Algo desconocido y cruel va destruyendo en ella la fe que alienta, la audacia alegre y simple que crea, los impulsos de piedad y de amor que dignifican.

Todo es igual. Todo es igual. He aquí el cielo negro y el aguacero interminable, lo mismo que el invierno pasado. Tam-

bién estas cuatro paredes frías, espiondo con sus mil ojos bur-lones, y la ventana cubierta de vidrios empañados que defor-man el pedazo de cielo y de calle que hace tanto, tanto tiem-po, estoy mirando. No hay límite entre la vida y el sueño, entre el absurdo y la verdad: todo es igual. ¿Mañana?... Ah, cómo golpearán la lluvia y la angustia mi corazón que nada sabe,...

Dejadme solo en esta noche desventurada e inmensa, solo con este pensamiento tenebroso que ha sabido adueñarse, poco a poco, de mi conciencia profunda. Que sigan, afuera, el duelo y la lluvia, mientras yo, inmóvil, libre por un instante de las trabas humanas, empujo los últimos y más tenaces recuerdos, por la pendiente de la noche. Dejadme solo, mis amigos, y no os preguntéis por qué estoy alegre y río, cuando el viento hace crujir la puerta que nadie volverá a abrir...

Hombres, ideas y libros

“Por los Valores Espirituales”

De don Enrique Molina

EL título de esta obra, que proyecta como un resplandor de esperanza para los que no se satisfacen con el aplanamiento material de nuestros días, le da un sentido de duradera y renovada fecundidad. Hay que reconocerlo paladinamente: vivimos en una época de vacilaciones y desalientos. La cordialidad, la delicadeza, el desprendimiento, todas esas manifestaciones superiores de la civilización, parece que atravesaran por un momento de grave crisis. Se las discute y hasta se las niega calidad de excelsas. Para algunas conciencias, es como si Buda y Sócrates, Jesús y Platón, redundaran en el tráfigo de la vida humana, dotado hoy de un turbio sentido de fuerza brutal e innoble combate. Quizás nunca como hoy alcanzaron significación tan dramática las palabras de Lucrecio: «Todas las cosas de la Naturaleza están hechas por manera de batalla». Asistimos a la lucha entre la fuerza ciega y el espíritu y para aumentar la angustia que fluye del drama, vemos que hay como un Ariel nuevo al servicio de Calibán. Las grandes almas escasean. Romain Rolland, Unamuno, Gandhi se nos antojan, por momentos, anacrónicas y desarraigadas. Necesitamos la palabra quemada de fe, el gesto de esperanza, la actitud confortadora. Necesitamos los maestros fervorosos, los apóstoles, las juventudes idealistas.

Este nuevo libro de don Enrique Molina responde a la urgencia de vivificar lo que sobre el desmoronamiento de las conquistas esenciales y profundas, va quedando todavía incontaminado y egregio. Libro lleno de unción, se impone al espíritu por esa serenidad luminosa que es propia de los nobles y los buenos, y envuelve en la plácida ondulación de sus líneas problemas capitales de nuestros pueblos y nuestra cultura. La profesión de fe optimista, la invitación al recogimiento de los libros— «in angello cum libello» —, el reconocimiento de la excelsitud artística manifestada en juveniles palabras con ocasión de los recitales de Berta Singerman, el análisis sutil de las cuestiones sociales y políticas, referidas a los estudiantes, y la polémica de Leopoldo Lugones en que campean la pura doctrina y la dialéctica vigorosa, se suceden en estas páginas cordiales, sobre un fondo de perenne simpatía humana, que da la nota inconfundible del libro.

Y burla burlando, esta charla purificada, que es la obra, nos conduce de pronto a la cima ideal, donde a la luz de un pensamiento profundo, sentimos la amplitud del horizonte humano en las batallas por la verdad, el amor y la justicia.

«El poeta—dice don Enrique—, el verdadero poeta es el vidente, es el privilegiado del espíritu para traducir en verbo humano lo que avizora en vuelos suprasensibles y de difícil acceso al común de los mortales; es el portador de las cuerdas divinas que vibran con el dolor de los demás. Los demás se encuentran expresados en él y se dicen: «Esto es lo que he sentido, lo que siento». Y le agradecen al poeta la iluminación de esperanza producida, el alivio al pesar traído con su ahondar en las complejidades del corazón. El poeta es el creador de belleza, es el pontífice del amor en todas sus formas. Vuela por esto en planos superiores a las miserias ordinarias de la vida o les aplica el cauterio de su fuego de profeta indignado cuando provienen de la mezquindad y maldad de los hombres. Es así antena de luz que grita a los extraviados y abatidos mortales: «Avanzad, avanzad, realicemos con valor la vida, *hagamos a Dios*». *Hagamos a Dios*: esta expresión tan simple y tan bella representa como

el ápice del pensamiento que alienta en las páginas del libro. La simpatía, la delicadeza, la sonrisa de la civilización, he ahí lo que estamos defendiendo como un valor eterno y por lo mismo indiscutible. Hacemos a Dios con la fuerza de expansión de nuestras acciones más puras. Sobre la brutalidad, sobre el mercantilismo deprimente, sobre la indiferencia de los escépticos, esta frase salida de la abundancia cordial, es como el hilo de oro que las generaciones van tejiendo, siglo a siglo, en su anhelo de solidaridad.

Y tiene todavía la obra páginas entonadas por una amorosa y honda comunión con el paisaje. «¿No sientes que rálagas del espíritu divino te eligen como morada en su circulación universal? ¿No lo sientes?

Con retazos de la naturaleza y con retazos del libro, teje el alma humana el velo de su siempre incompleta filosofía. Espera, ser atormentado, quizás esta vez la naturaleza y el libro hilaran en tu pecho por lo menos un blando copo de paz».

Un blando copo de paz. Tal es la impresión que sentimos al volver la última hoja.

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.

Las Glándulas de Secreción Interna

Las páginas que vienen a continuación pertenecen a la conferencia de difusión científica que, con el título indicado, dictaron en nuestra Escuela Médica los profesores doctores Guillermo Grant y Ottmar Wilhelm, en Julio de 1925.

El doctor Grant tomó a su cargo la parte expositiva del tema, y el doctor Wilhelm agregó a ella las demostraciones experimentales pertinentes.



A biología, al demostrarnos cómo se revela la materia viva en los seres más sencillos, nos dice que éstos en su forma más simple se presentan en el estado de una célula, la que ofrece todos los fenómenos que caracterizan la vida; como los de nutrición, crecimiento, reproducción, etc.

Hay seres que están formados exclusivamente por una célula, como la amiba, entre los protozoos. Esta, para existir, tiene las mismas exigencias que los seres más perfeccionados de la creación. Necesita del oxígeno y, aunque no tiene pulmones, respira por la superficie de su cuerpo; no tiene tubo digestivo y, sin embargo, absorbe el agua e incorpora a veces partículas sólidas que digiere por medio de jugos digestivos que encierran pepsina y otros fermentos y que son productos de la actividad funcional de su protoplasma, sin que para ello existan órganos especiales.

A medida que se avanza en la escala zoológica, los seres vivos se van complicando. Ya no estarán formados por una sola célula, sino por agrupaciones de ellas que se reparten el trabajo para

asegurar la existencia de la unidad. Un grupo de células se dedicará a las funciones de respiración, de digestión, de reproducción, etc., constituyéndose así el primer bosquejo de los órganos.

En los vertebrados superiores, éstos adquieren el máximo de desarrollo y complicación, tanto en lo que se refiere a la parte anatómica, como a la funcional. Entre los órganos que forman parte de la compleja organización de un mamífero superior, por ejemplo el hombre, figuran las glándulas, formadas por agrupaciones de células que fabrican sustancias aprovechadas por el organismo en sus funciones, o que debe expulsar al exterior. Entre las primeras están las glándulas salivares, del estómago, hígado, páncreas, etc., y entre las segundas, el riñón y las glándulas del sudor.

En las glándulas cuyos productos de elaboración el organismo utiliza en su funcionamiento, se distinguen dos categorías: unas, llamadas de secreción externa o exocrinas, y otras llamadas de secreción interna o endocrinas.

Se llaman glándulas de secreción externa aquellas que tienen un conducto por el cual vacían su secreción, por ejemplo las glándulas de la saliva, el hígado, el páncreas, etc., pudiéndose fácilmente recoger el producto funcional, ya sea directamente, o por medio de una cánula aplicada a su desembocadura. En cambio, las llamadas glándulas de secreción interna o endocrinas no tienen conducto excretor; la sustancia que ellas fabrican y que se conoce con el nombre genérico de *hormones*, pasa directamente de la glándula a la sangre por intermedio de los finos vasos sanguíneos que rodean a las células.

Hay glándulas que son exclusivamente de secreción interna, como el timo, hipófisis, tiroides, paratiroides y suprarrenales; y hay otras, en cambio, que son mixtas, es decir, que tienen a la vez una secreción de carácter externo e interno, como por ejemplo el *páncreas* que vierte en el intestino, por intermedio de un conducto, el licor pancreático que encierra fermentos que sirven para la digestión de las diversas sustancias alimenticias.

El páncreas encierra, además, grupos de células en forma de islotes, que actúan como glándulas de secreción interna y cuya ac-

tividad interviene en el metabolismo de los azúcares, y que tienen, por consiguiente, una considerable importancia en el mecanismo de la enfermedad llamada diabetes.

Al testículo y ovario puede considerárseles también como glándulas mixtas, pues su epitelio germinal produce elementos que se eliminan al exterior, como son los espermatozoides y óvulos; y encierran también grupos de células que funcionan como glándulas de secreción interna, contribuyendo a la fijación de los caracteres sexuales secundarios y que son las llamadas células intersticiales en el testículo y cuerpos amarillos en el ovario.

Haremos una breve relación de estas glándulas.

* * *

El timo es una pequeña glándula que se encuentra en la parte anteroinferior del cuello, por detrás del esternón. No existe en el adulto, salvo casos excepcionales; en cambio, está muy desarrollada en los niños pequeños, desapareciendo al llegar la pubertad.

La presencia del timo durante la primera infancia y su brusca desaparición en el momento de la pubertad ha llevado a los investigadores a suponerle una marcada influencia en el desarrollo del esqueleto y de los órganos genitales.

Así, los animales experimentalmente privados de timo sufren alteraciones de los huesos muy semejantes a las que produce el ratisquismo.

Por otra parte, la secreción interna del timo, o sea su hormón, parece que ejerce una acción frenadora sobre el desarrollo de los órganos genitales: mientras el timo está presente, el testículo y ovario no maduran. Tan pronto el timo desaparece o se atrofia—lo que ocurre en la especie humana hacia los 13 o 14 años,—los órganos genitales adquieren su madurez. Experimentalmente se comprueba que si a los renacuajos, o sea, a los embriones de rana, se les alimenta con timo, no llegan nunca al estado de rana adulta.

* * *

En la base del cerebro existe una pequeña glándula de se-

creción interna que lleva el nombre de hipófisis o cuerpo pituitario. Esta glándula consta de dos partes o lóbulos, uno anterior y otro posterior, que, a pesar de estar unidos, tienen un origen embriológico distinto, como también son distintas sus funciones.

El lóbulo anterior de la hipófisis, por su secreción interna, interviene en el desarrollo del esqueleto. Si por una enfermedad o por otra causa hay un hipofuncionamiento, es decir, si su actividad funcional está disminuida, entonces el esqueleto no se desarrollará, presentándose casos de nanismo como también otras perturbaciones caracterizadas por un desarrollo exagerado del tejido grasoso, atrofia genital, alteraciones del sistema piloso, cuadro mórbido que lleva el nombre de síndrome adiposo genital de Fröhlich.

Supongamos ahora que, en vez de haber un hipofuncionamiento del lóbulo anterior de la hipófisis, ocurra un hiperfuncionamiento, es decir, una exageración de su función. Entonces se producirán alteraciones en el esqueleto que se caracterizan por el desarrollo exagerado de sus partes. Si el hiperfuncionamiento tiene lugar cuando el esqueleto ha terminado su crecimiento, por ejemplo en el individuo adulto, el desarrollo no es uniforme y crecen solamente ciertas partes del cuerpo como la mandíbula inferior, las manos y los pies, que adquieren un desarrollo exagerado constituyendo el síndrome que lleva el nombre de *acromegalia*.

Si el hiperfuncionamiento del lóbulo anterior de la hipófisis tiene lugar cuando el organismo no ha terminado aún su crecimiento, es decir, antes de los 25 años en el hombre, el esqueleto se desarrolla uniformemente y da origen al *gigantismo* (individuos de una talla superior a dos metros).

El lóbulo posterior de la hipófisis desempeña una función muy distinta de la del lóbulo anterior; actúa sobre el aparato cardio vascular, contribuyendo, junto con la adrenalina, a mantener el tomes vascular, esto es el estado de semi-contracción de los vasos sanguíneos, que hace que la sangre circule en ellos con una determinada presión. La industria farmacéutica ha ob-

tenido del lóbulo posterior de la hipófisis, un extracto que se conoce con el nombre de *hipofisina* o *pituitrina* y que ocupa un lugar muy señalado en obstetricia para estimular las contracciones uterinas en los partos, cuando se encuentra agotada la fuerza expulsiva de este órgano.

* * *

La glándula tiroides se encuentra situada en la parte anterior del cuello y su aumento de volumen se conoce con el nombre de *bocio* o *coto*, que puede ir o no seguido de trastornos funcionales.

Las perturbaciones dependientes de un mal funcionamiento de la glándula tiroides pueden agruparse en dos categorías: aquellas que dependen de un *hiperfuncionamiento* y las que se originan cuando existe una función deficiente.

En el primer caso, cuando existe un hiperfuncionamiento de la glándula tiroides, los individuos afectados son de temperamento nervioso, excitables, más bien flacos que gordos, sufren de continuas palpitaciones cardíacas y en un grado más avanzado, se produce un estado de enfermedad llamado de *Basedow* que se caracteriza por frecuencia del pulso, enflaquecimiento, sudores y lo que es más notable por una exoftalmía, es decir, los ojos están proyectados hacia adelante como si fueran a salirse de las órbitas.

La función deficiente de la glándula tiroides trae como consecuencia, sobre todo en los niños, alteraciones del desarrollo físico e intelectual; son niños de inteligencia retardada, perezosos, somnolientos, apáticos, etc.

En los adultos, los fenómenos varían según el grado de la insuficiencia tiroidea. Los principales síntomas que caracterizan este estado son: tendencia a la obesidad, palidez, torpeza física e intelectual, alteraciones del sistema piloso y de las uñas, sensación de frío constante, trastornos gastro-intestinales, etc. Un hecho que ha llamado la atención en los últimos años es que los individuos que tienen manifestaciones de hipotiroidismo pre-

sentan una gran resistencia al desarrollo de la tuberculosis; en otros términos, constituyen un terreno poco apto para la propagación del bacilo de Koch.

* * *

Incluidas en el tejido de la glándula tiroides se encuentran en el hombre unas pequeñas glándulas de secreción interna, llamadas paratiroides. La extirpación experimental de estas glándulas produce en los animales accidentes nerviosos caracterizados por contracturas y convulsiones que terminan con la muerte del animal en experiencia. El mecanismo por el cual se producen estos accidentes no está todavía bien determinado; se supone que la falta de secreción interna de la paratiroides trae como consecuencia un empobrecimiento de sales de cal en el tejido nervioso, lo que lo colocaría en un estado de hiperexcitabilidad si se toma en cuenta que el calcio constituye un moderador de la excitabilidad nerviosa. Muchos accidentes convulsivos que se producen sobre todo en la infancia son atribuidos a una insuficiencia de las paratiroides y algunos llegan a suponer que la eclampsia, accidente de tanta gravedad que se produce a veces en el curso del embarazo, tendría también el mismo origen.

* * *

El páncreas se encuentra por detrás del estómago, y es una glándula mixta, pues tiene dos secreciones: una *externa* y otra *interna*.

La secreción externa está representada por el licor pancreático que se vierte en el intestino delgado por intermedio del canal de Wirsung. Contiene poderosos fermentos que actúan sobre la digestión de las diversas materias alimenticias.

La secreción interna del páncreas está radicada en unas agrupaciones de células que se conocen con el nombre de *islotos* de *Langerhaus* e intervienen en el metabolismo de los azúcares.

Es sabido que los hidratos de carbono que ingerimos en

nuestra alimentación se transforman en glucosa en el tubo digestivo; se absorben en esta forma, y pasan a la sangre para ser quemados por nuestros tejidos, constituyendo así una de las principales fuentes del calor animal. La secreción interna del páncreas interviene de una manera cierta en la combustión de la glucosa. La diabetes es enfermedad que se caracteriza, fuera de otros síntomas, por la eliminación de glucosa por la orina. Parece que el diabético pierde en gran parte la facultad de destruir la glucosa que ingiere con la alimentación.

En los últimos tiempos se ha logrado preparar una especie de extracto de los islotes de Langerhaus, que se conoce con el nombre de *insulina* y que inyectado, produce en el organismo una rápida destrucción de la glucosa, constituyendo en la actualidad el medicamento más eficaz para hacer desaparecer rápidamente el azúcar en los casos graves de diabetes.

* * *

Sobre los riñones, y completamente independientes de ellos, se encuentran dos pequeñas glándulas de secreción interna que llevan el nombre de suprarrenales. Estas glándulas constan de dos partes; una externa, llamada región cortical, y otra interna, llamada región medular.

La zona interna produce la *adrenalina*, sustancia que se está vertiendo continuamente en la sangre y que contribuye a mantener a las arterias en estado de semi contracción. Esta acción de la adrenalina sobre las arterias se ejerce por intermedio de ciertas fibras nerviosas que dependen del gran simpático, vasto sistema nervioso independiente de la voluntad, que contiene fibras que aceleran los latidos del corazón y fibras que van a los vasos sanguíneos, produciendo su dilatación o contracción. Este fenómeno se manifiesta en los casos de enrojecimiento o palidez de los tegumentos.

Fuera de esta acción, la adrenalina contribuye todavía a destruir ciertos venenos que se originan en nuestra economía y que intoxican el sistema muscular produciendo la fatiga.

Los individuos que padecen de una insuficiencia de las glándulas suprarrenales presentan por lo general una presión arterial sumamente baja y una adinamia, es decir, una falta de fuerzas que se pone bien de manifiesto en la enfermedad llamada de Addison, caracterizada, además, por las manchas oscuras de la piel y mucosas. En esta enfermedad, las autopsias han permitido demostrar una franca lesión destructiva de las glándulas suprarrenales.

La adrenalina, que es el hormón producido por las suprarrenales y que tiene una vasta aplicación en medicina, se prepara hoy día sintéticamente gracias a los estudios del sabio japonés Takamine, que logró, el año 1901, precisar su composición química.

Una de las aplicaciones más notables de la adrenalina es en los casos de parálisis del corazón a consecuencia de accidentes anestésicos por el cloroformo u otros. Una inyección intracardiaca de adrenalina ha logrado volver a la vida a individuos en los cuales la muerte era una cosa establecida por la parálisis del corazón y de la respiración.

La inyección de adrenalina en las cavidades del corazón a través de la pared torácica, ha logrado reactivar este órgano y con él, todas las funciones vitales. Una condición se exige para lograr su éxito, y es que la inyección no tarde más de cinco minutos en practicarse, pues, pasado ese tiempo, el sistema nervioso, tejido sumamente frágil, empieza a presentar los primeros fenómenos de la destrucción cadavérica y aún cuando después de diez y hasta de quince minutos de cesar las funciones que revelan la vida se ha podido reactivar el corazón, no se ha logrado mantener la existencia de los individuos por las profundas lesiones que ya se han originado en las células del sistema nervioso.

* * *

Al testículo puede considerársele como una glándula de secreción externa e interna a la vez. La primera función está ra-

dicada en el epitelio germinal, el cual tapiza los tubos seminíferos que dan origen a los espermatozoides que se eliminan al exterior a través del conducto eferente.

La función endocrina está radicada en unas células independientes de los tubos seminíferos, que llevan el nombre de células intersticiales o de Leydig. En estas células radica, según la mayor parte de los autores, la secreción interna del testículo que imprime los caracteres sexuales secundarios, como el instinto genésico, el mayor desarrollo del sistema muscular, el crecimiento de la barba y de la laringe, que hace que la voz sea más gruesa, etc.

Muchos de los fenómenos que caracterizan la senectud en el sexo masculino han sido atribuidos a una insuficiencia de la secreción interna del testículo, por lo que algunos investigadores, y entre ellos Voronoff, han tratado de suplir esta falta, ya sea con inyecciones de extractos testiculares, ya con injertos de testículos de especies afines al hombre, como las de los monos antropoideos. Este método ha dado resultados; pero ellos han sido pasajeros, por cuanto los órganos o trozos de órganos trasplantados, al cabo de cierto tiempo concluyen por ser absorbidos como materia orgánica inerte. De aquí que Steinach haya ideado el procedimiento de ligar el canal eferente que trae como consecuencia una atrofia de los tubos seminales, pero una hipertrofia que podríamos llamar compensadora de las células intersticiales, o sea, de la glándula endocrina.



El ovario se puede considerar formado por una reunión de vesículas que llevan el nombre de folículos de Graaf y que encierran una célula: es el óvulo o célula huevo. Hasta el momento de la pubertad, el ovario permanece inactivo; a partir de este período, cada 28 días, en la especie humana, se rompe una vesícula y queda en libertad un óvulo, que es recogido por la trompa y llevado hasta el útero, en donde se fijará si es fecundado, o se eliminará, en caso contrario.

En el sitio correspondiente a la vesícula o folículo que se ha roto para dejar salir el óvulo, se forma una cicatriz que toma un color amarillento, por lo que se le llama cuerpo amarillo, y que va a funcionar como una verdadera glándula de secreción interna. Si el óvulo que ha salido del folículo no es fecundado, el cuerpo amarillo no dura más de dos semanas, se atrofia y desaparece, para ser reemplazado por un nuevo cuerpo amarillo que se producirá de otro folículo que se rompe. En el caso de que el óvulo sea fecundado, el cuerpo amarillo proveniente del folículo que lo ha originado dura cuatro meses, y durante este tiempo, produce hormonas que contribuyen a fijar en la mucosa uterina el huevo fecundado, lo que se llama nidación. Además, estimula las glándulas mamarias a fin de que evolucionen para la producción de leche.

* * *

Las diferentes glándulas endocrinas que acabamos de pasar en revista contribuyen a formar, por sus secreciones, el ambiente interno en el cual viven los órganos que forman el complejo mecanismo del ser humano.

Las alteraciones de cualquiera de estas glándulas encargadas de mantener el equilibrio humoral, trae como consecuencia alteraciones externas y muy especialmente psíquicas, que pueden oscilar entre la idiotez y el genio.

Terminaremos esta breve exposición, transcribiendo unas cuantas líneas extraídas de un trabajo de Sir Arthur Thomson, referente a la influencia de las glándulas endocrinas en el psiquismo de los individuos.

« Empezamos sólo ahora a vislumbrar el papel importantísimo
« que ejercen ciertas glándulas internas sobre la inteligencia,
« nutrición, sentimiento y afectos y por ese intermedio, hasta en
« la reproducción y la raza.

« El asunto de la génesis del carácter, así como el de todas
« las expresiones psíquicas, está todavía en penumbras; sin embargo, actualmente hemos penetrado por un sendero que

« nos permite unir más lo psíquico con lo somático, en un terreno más accesible a la investigación y por lo tanto, más satisfactorio a la razón humana.

« En otra época, cuando, frente al carácter individual de un niño o de un adulto, notábamos ciertos trastornos que discrepaban de lo que se da en llamar equilibrio psíquico, lo llamábamos neurótico y en consecuencia, se consideraban tantos grados de neurosis como individuos se presentaban a nuestra consideración. Esa interminable escala tenía dos extremos; uno, caracterizado por las grandes variaciones, las que nadie ha repugnado ayer ni hoy en considerar como patológicas, y otro, opuesto, caracterizado por variaciones nimias o raras que chocaban a nuestro espíritu, y que, aunque hería nuestras conciencias considerarlas como manifestaciones neuróticas, no teníamos, sin embargo, otra explicación que darles.

« Hoy hemos resuelto esa enojosa cuestión, pues, con el concepto de las secreciones internas. Ya no nos hace falta, en la mayoría de los casos, echar mano de la deprimente *tara degenerativo-nerviosa*, sabiendo que una hiper o una hipo-función endocrina, origina, en sus infinitas reacciones, un campo de límites muy amplios donde se desenvuelve un organismo, tanto en lo somático como en lo psíquico, sin que se salga de la normalidad.

« Esto, que apreciado superficialmente parece carecer de importancia práctica, en el fondo tiene gran trascendencia para el ejercicio de la medicina y, especialmente, de la neurología y psicología.

« El hombre posee órganos que vierten en el torrente circulatorio sustancias especiales, excitadoras unas, moderadoras otras, de las más importantes funciones biológicas, que imprimen un aspecto o fisonomía especial al total y complejo reaccionar del organismo, que repercute intensamente en el modo de ser psíquico de cada uno, porque, con esa fuerza de que es capaz toda reacción biológica, obliga al individuo a reaccionar de un modo particular frente a toda excitación externa, y como esa reacción es constante, siempre en el mis-

« mo sentido, determina una constante reaccional que constituye
« el *carácter*.

« Cuando todos esos excitadores y moderadores de funciones,
« cuando todos esos hormones—hablando en términos técnicos,—
« se vierten en proporciones regulares, las funciones todas se
« manifiestan también regularmente; hay un equilibrio orgánico
« funcional, consecuencia de un equilibrio endocrino, y el re-
« sultado es un *carácter equilibrado*. Pero este equilibrio endo-
« crino tiene límites amplísimos; jamás podrán establecerse cifras
« absolutas. El completo equilibrio existe cuando el desorden
« pasa inadvertido; si el desorden traspasa los límites de una
« uniforme regularidad, lo consideramos patológico, aunque
« en muchos casos no existe sino el predominio de una secre-
« ción, y así como el predominio de una endosecreción imprime
« un aspecto especial a lo somático, como la talla, la con-
« textura, el color, la expresión, la actividad, etc., también se
« trasparenta en lo psíquico, por medio de sus reacciones in-
« telectuales, afectivas o emotivas.»

Un hombre, un libro

RECIÉN llegó a la ciudad el último libro de José Vasconcelos. Llámase «La Raza Cósmica». He aquí un motivo para escribir, mal hiladas, algunas notas sobre el ilustre hombre.

Pero el momento particular en que aparece esta obra requiere un aparte: se produce en América, alrededor de Vasconcelos, la más desusada polémica, mientras aquí mismo se le ataca con una porfía inexplicable. *Inexplicable* es la palabra justa. Lo seguirá siendo en tanto no pueda uno, por natural decoro de la inteligencia, explicarse la baja razón y el sentimiento sucio.

Digamos ahora, en son de comento definitivo, que no nos impresiona esa campaña contra Vasconcelos, así la suscriban Lugones o Salado Alvarez, *toutes proportions gardées*. Las obras se destruyen con zapapicos o con obras, no con discursos engorrosos. ¿Dónde podremos examinar las del otro bando? Hay una: Santos Chocano asesinó a Elmore veinticuatro horas después de confesarse dentro de la moral inca, «no matar, no robar, no mentir». Esto, naturalmente, no nos seduce. Tanto menos cuanto que su sola disculpa—la de ser un gran poeta—es inaceptable como verdad y como disculpa.

Y demos vuelta a la página pasional de una buena vez. Nos disgustaría producir, como los Salados y los Pugas, un concierto de ranas sobre la charca de una idea invariable.

LA RAZA CÓSMICA, UNA PROFECÍA

Llama José Vasconcelos raza cósmica a la posible resultante superior de las cuatro conocidas: roja, negra y amarilla—que

terminaron su misión histórica—más la blanca que realiza actualmente la suya por el dominio de lo material. Misión, he aquí una palabra rica en sugerencias. Misión, cometido, supremo encargo que cada una de las razas cumple sobre la Tierra sin más propósito que dar una síntesis prodigiosa: la raza final, la perfecta. ¿Un sueño, tal vez? Tal vez sí, pero en todo caso el sueño de siempre, aquel que nos impediría el pensamiento mismo si dejara de respaldarlo. La perfección. Asombra encontrarse, de repente, imposibilitado de concebir nada que no siguiese un oculto proceso de perfección, y es verdad sin embargo. El sueño viene a ser así como la esencia de todo pensamiento; pero éste de la raza cósmica es algo más, es una profecía.

El ocultismo, esa ciencia a lo absurdo de quien nadie osará reír, formuló ya la idea de una raza cósmica. Vasconcelos la acoge y la adapta a su visión personal. Los latinos de América—dice él—ofrecen la substancia donde puede operarse la transformación, o sea la mezcla de sangres que repugna a los sajones y la parte más fecunda de la Tierra, el trópico. La raza blanca, dueña de lo material, dominará el calor como domina el frío. Trópico habitable querrá decir entonces la posibilidad de una civilización inesperada.

Así es, tan mal como puedo yo decirlo, la profecía. Sólo que ésta, equipada al modo contemporáneo, no es la simple enunciación de un acontecimiento próximo, la enunciación del augur homérico o del profeta bíblico, ronca de profundidad como si se pronunciase dentro de una caverna. Contiene, al contrario, su razón de ser en sí misma. Esta razón se llama *ley de los tres estados* y consiste en derivar de dos estados sociales conocidos la necesidad lógica de un tercero en que los hombres se rijan por el sentimiento estético, por una suerte de «pasión de belleza». Dentro de estado semejante, la raza cósmica aparece coma una consecuencia natural, igualmente necesaria.

Pero el grito profético preside la concepción entera. Calla a veces, a veces se desborda y precipita. Y vemos a Vasconcelos—los ojos en un vacío fantástico—trazar las emigraciones,

los campos de batalla, las ciudades nuevas... Vueltos al ambiente en que la palabra de los profetas es la sabiduría del pueblo, no sé qué anulación súbita de siglos nos traslada a los muros sagrados de Jerusalem.

IBEROAMERICANISMO

Vasconcelos profesa el iberoamericanismo. ¿«La Raza Cósmica», cabe preguntar, procede de aquél? Yo digo que no. Vasconcelos es iberoamericanista porque cree en el destino de nuestra raza. De no ser así, la superioridad actual del sajón ocuparía sus mejores esfuerzos. Estará siempre, a pesar suyo, con el interés humano.

LAS NOTAS DE VIAJES

Las notas de viajes a la América del Sur ocupan la mayor parte del libro y son una manera de confirmar, robusteciéndola, la teoría de la raza cósmica.

Desde luego, queremos eludir en lo posible una apreciación literaria de las notas, y no porque dejen de resistir el análisis crítico, sino porque su misma lectura prueba la puerilidad de semejante empresa. Escritas con apremio y sin otro sostenido afán que revivir la memoria, esas notas contienen, sin embargo, páginas dignas de repasarse una y otra vez por el solo gusto de su belleza. El capítulo sobre la expedición al Iguazú se adentra en el tono poético, y llega a ser tan intenso, tan íntimamente conmovido, que el poema de Pellicer no pudo captar más poesía. Así la visión de Río Janeiro desde el Pan de Azúcar. Así otras muchas notas, donde se advierte también un seguro instinto de la novela. ¿Para qué ocuparse, entonces, de la porción descuidada?

«La Raza Cósmica» es un libro de América. ¿Del río Bravo a la Patagonia? No, del inglés al español. Es, también, un libro

de la juventud. Nosotros, los grandes, que bebimos el terrible veneno de *ir a París*, sentiríamos un gran alivio si se leyese a los niños de Escuela el sueño de un hombre que, poseído de inspiración profética, adelantó el índice en la sombra para enseñarnos, palpitantes aún, las oscuras entrañas del destino. Ese hombre de inspiraciones.

JOSÉ GOROSTIZA.

“... Et Compagnie” de Jean-Richard Bloch

(Ed. Nouvelle Revue Française, 1925).



LOS que opinan que está en decadencia la novela francesa y sólo piden tener la oportunidad de cerciorarse de lo contrario, les puedo recomendar que pidan a su librero la obra de *Jean-Richard Bloch*, cuya edición definitiva acaba de darnos la librería Gallimard: «... *et Compagnie*». Se encontrarán con un libro de 450 páginas de tipo corriente; constatarán que no hay relleno de hojas blancas ni márgenes de media cuarta, y sentirán hastío anticipado al pensar en lo aburridos que suelen ser los autores prolijos. Mas yo les aseguro que, en las primeras líneas, les cogerá una corriente de interés tan intenso, que no pararán hasta saber cuál ha sido la evolución y el destino de los hermanos Simler y de su fábrica de paños.

Los Simler, judíos alsacianos, son fabricantes de paño de padre en hijo, en Buschendorf, cuando estalla la guerra del setenta. Después de la anexión de Alsacia y Lorena por Alemania, resuelven abandonar el país para permanecer franceses. La novela de Jean-Richard Bloch se inicia con la adquisición que hacen los hijos Simler—José y Guillermo—de los edificios ruinosos de una ex-fábrica de paños en Vendeuve, ciudad industrial del Oeste de Francia, especializada precisamente en la fabricación de paños. Allí se instalan. El libro nos relata la historia de esa familia Simler. Y la historia de la familia Simler es, ante todo, la historia de los *Nuevos Establecimientos Simler*, en Vendeuve.

Vemos a los cuatro Simler trabajar encarnizadamente, luchando

primero contra la hostilidad de los industriales ya instalados desde antiguo en el país. Los recién llegados son mirados en menos; se les llama *los extranjeros*, y, gracias a su buen acento alsaciano, «les pruscos», los prusianos... Tragan el insulto y a la obra... Los vemos lograr sus primeros éxitos, pagar sus deudas, atraer hacia sí, por la excelencia de sus productos, clientela de sus rivales, evolucionar para seguir la moda, mejorar su material, renovarlo, mientras la rutina va enmohecando las energías de los grandes fabricantes del país. Asistimos al viaje de la fábrica Simler a través de veinte años de existencia como a un viaje en alta mar, lleno de peripecias y zozobras. El concepto «dinero» va adquiriendo todo su alcance, todo su valor y la mayor belleza que pueda tener: lo vemos transformado en un elemento de trabajo, en un instrumento de progreso. Tanta tenacidad, audacia y valor logran su premio: al final del volumen, los Simler son reyes de Vendeuve, mientras los que los acogieron tan despectivamente, en 1871, han ido desmejorando lentamente.

Mas... Los hijos de José y Guillermo Simler no tienen la fuerza cruda y la voluntad de trabajo de sus mayores. Ya en otras ciudades, en otros países, hay fábricas de paño más perfeccionadas que las de los Simler. Los obreros no son tampoco los de antaño; el socialismo influye; los jóvenes patrones no quieren atender protestas, justas a veces. Son víctimas de su éxito, y a ellos también va cogiendo la rutina en sus redes... Regresó de América un primo clarovidente que juzga a sus parientes con el criterio juvenil y enérgico del nuevo mundo, prevé el día del fracaso, el día en que languidecerá y morirá la fábrica Simler, el día en que desaparecerá de la razón social el nombre heroico de los fundadores.

Hay allí unas pocas páginas de amor, la pasión de uno de los hijos Simler por una joven de la buena sociedad de Vendeuve. Pero esa nota sentimental, aunque hermosa e intensa, sólo está allí para que se le pueda sacrificar al Dios Industria la santa ternura de una mujer: puede más el interés de la fábrica y la cohesión estrecha de la familia judía, que el amor.

El individuo no tiene importancia en sí: están primero la familia, la raza y la fábrica.

Eso parece, a primera vista, chocante. Pero si se medita en ello un instante, vemos que el poderoso interés de «... et Compagnie», consiste precisamente en que, más que la historia de individuos, es la historia de entidades más poderosas, y, especialmente, más duraderas que un hombre y sus pasiones: una firma industrial en la cual vemos el símbolo de toda la actividad humana; una familia judía, en la cual están representados todos los hijos de Sion. Todo eso, en una pequeña ciudad cuya atmósfera se nos hace tan sensible que creemos habernos detenido allí en nuestras andanzas.

Esos tres elementos de interés están homogéneamente unidos en la novela de Bloch. Se nos haría imposible pensar que los Simler no fuesen judíos, lo mismo que se nos haría imposible ver a los Simler en otra parte que en Vendeuvre. Todos los personajes están caracterizados hasta en sus menores detalles con una realidad pasmosa. Mas, como sucede con las creaciones de verdaderos artistas, después de leído «... et Compagnie» es imposible pensar en un fábrica y su vida, en cualquier punto del orbe, sin pensar en los Simler; es imposible oír la palabra «judío» sin que la figura de esos judíos alsacianos se perfile en nuestra memoria. Lo mismo que «Avaricia» nos hace pensar automáticamente en Harpagon y en Grandet. En «... et Compagnie» Jean-Richard Bloch se nos revela como uno de los creadores de tipos más fuerte de la literatura contemporánea.

Por lo que toca a la forma, no nos trae nada nuevo. Evoca, a la vez, a Balzac y a los buenos novelistas ingleses. A estos últimos los recuerda por lo que hay de movimiento y de sentido de la realidad en su obra y por un defecto: cierto afán, en las descripciones, de ir a buscar sus puntos de comparación demasiado lejos y cierto humorismo forzado en la presentación de los personajes. En cuanto a Balzac, lo recuerda a cada paso; y no creemos poder hacerle mayor elogio. Balzac ha sido, en el siglo XIX, el novelista del dinero. Hoy que el dinero

y los negocios tienen tan descomunal importancia, nadie se preocupa de ellos en la literatura. El famoso premio Goncourt del año 1923, que debía ser la novela de los negocios, ha sido un gran fracaso: empieza más o menos, pero su final es ridículo, lamentable. Se comprende que después de esto yo no nombre al autor... Haber logrado dar así con un aspecto esencial de nuestra vida es un gran acierto en un escritor. Es verdad que los sucesos mencionados se desarrollan por los alrededores de 1880: pero quíteme las fechas, y el libro es de hoy. Es eterna la materia de que trata, y son eternos los personajes. (La primera edición de «...et Compagnie» es de 1917.)

* * *

Jean-Richard Bloch es judío. ¿Saben los lectores que el veinte por ciento de los escritores franceses contemporáneos son judíos? Conversando, hace poco, con el escritor que me dió este dato, supe anticipadamente lo que revela el libro de Jean-Richard Bloch: el fervor intenso y desinteresado de los judíos por toda labor intelectual. A esos escritores judíos se les considera, como a todos los judíos en Francia: exactamente lo mismo que a franceses de pura cepa. Hay que considerar, también, que el judío francés ama a Francia y cumple lealmente con sus deberes de ciudadano francés, en tiempo de guerra lo mismo que en tiempo de paz. Sin embargo ellos, que son acogidos con brazos abiertos en todas las revistas y diarios franceses, tienen una revista exclusivamente reservada a los escritores judío-franceses, *La Revue Juive*. Eso, a primera vista, parece una provocación, o a lo menos una falta de cortesía. Jean-Richard Bloch nos muestra otro aspecto de la cuestión.

Hay en el problema del judío nacionalizado francés algo más que un sencillo proceso de ciudadanía: hay un problema de raza. En su prefacio a «La Nuit Kurde», Jean-Richard Bloch nos revela qué fuerza tiene en el judío el sentimiento de su origen oriental, y qué influencia tiene este sentimiento en su vida. Influencia no siempre dichosa: *La Nuit Kurde*, escrita por Bloch

con todas sus vehemencias semitas, no admite comparación con «... et Compagnie», su obra escrita conforme a todas las disciplinas occidentales.

Por eso le rogamos al lector no lanzarse a ciegas en la obra total de Bloch, si quiere tener idea cabal de lo que es la novela francesa contemporánea: es un autor desigual, aunque inteligentísimo. Pero su «... et Compagnie» es una obra maestra, hecha y derecha.

MARCELLE AUCLAIR.

André Gide y su novela "Les Faux-Monnayeurs"

QUÉ imagen nos formamos de un escritor llegado a la plena madurez de su vida, de su talento, de sus éxitos? Lo pinta muy bien la expresión francesa: un escritor *arrivé*: un escritor que *ha llegado*. Por lo tanto, sólo le queda ya perfeccionar, sin buscar más... Busca, sí, honores y consagraciones oficiales. Vemos al escritor *arrivé* muy condecorado, y al fin, académico. Lo invitan a tomar te las damas «snobs». Y los jóvenes empiezan a mirarlo con cierta desconfianza...

Es el principio de la vejez.

Para no envejecer, para reñir de una vez con la estagnación y la respetabilidad, André Gide ha encontrado dos medios: evolucionar y escandalizar...

Cada uno de sus nuevos libros es una sorpresa literaria.

Y cada uno de sus nuevos libros es un escándalo.

Después de «Corydon», le dieron vueltas las espaldas todos sus amigos. En cambio, él remató los ejemplares dedicados de las obras de los escritores que le habían manifestado su desagrado; y con el producto de esta venta en la cartera, más joven que nunca, más lleno que nunca de curiosidades, se fué a África a buscar elementos para un nuevo libro (que será un nuevo escándalo), cazando, inocentemente, mariposas...

* * *

Con su libro reciente, «Les faux monnayeurs», André Gide ha logrado escandalizar al mismo París. La prensa dió a voz en cuello la alarma: «Una ola de barro», exclama Mauclair; la

virtud oficial puso el grito en el cielo; fué una batahola, una explosión; lo más grave, es que han sufrido los hombres buenos. Georges Duhamel nos dijo: «Cuando Ud. tenga hijos, Ud. odiará este libro... Quizás muchachos y niños lleguen a suicidarse por el libro aquel...» Que el caso de Gide y el tema de «*Les faux monnayeurs*» sean de rara aberración moral, no cabe duda. Pero no creo que el ejemplo de sus personajes, Olivier, Bernard, Edouard, el Conde de Passavant, etc., tengan gran influencia sobre el lector. El que se deja influenciar por un libro es, por lo general, un ser idealista e hipersensible; puede sentir deseos de imitar las fechorías heroico-criminales de la peor novela policial; pero hay en el libro de Gide acideces, ironías, crueldades, que lo hacen irremediabilmente antipático a todo ser sano y entusiasta, o medianamente delicado. ¿Hay los demás, los que no son sanos y delicados?... Pero aquellos inventarían las peores perversiones, si no existieran... *Les faux monnayeurs* es un libro cínico, pero no lo creo tan peligroso. Un libro que nos hace sonreír no puede hacernos mucho daño. Y con *Les faux monnayeurs* nos sonreímos constantemente. No logramos tomar a lo trágico lo que allí sucede, aunque se cuenten robos, abusos de confianza, dos intentos de proceso, dos cuasi suicidios, un suicidio, la muerte de una dulce chiquilla, una loca, un loco, un asesinato y cuanto hay... Sentimos que Gide se ha entretenido con sus personajes y nosotros no podemos hacer menos que divertirnos también. Sentimos que en lo más patético de un capítulo, al dibujar el rasgo más trágico de una figura dolorosa (la admirable del músico La Pérouse, por ejemplo), ya con la lágrima en el rabillo del ojo, ha pensado, para no conmovirse, lo que se les dice a los niños en los cuentos de ogros: «No llores, hombre, que eso no es verdad...» Y Gide no llora. Afila, al contrario, su cortante talento, su cinismo, su ironía, y quiere compensar con perfección artística la vibración humana que le falta. Pero «no se la pega» al lector.

Lo vemos tratar con la mayor displicencia todos los sentimientos, dejar consagrados únicos reyes y señores del mundo

la ambición y la hipocresía; todo lo niega su pesimismo, y su ironía disuelve lo demás... Pero paciencia...: a nosotros también nos tocará sonreír: a ese Gide que señala con tan elegante cinismo las miserias y pequeñeces de la vida social, lo vemos volverse cándido, sentimental «florcita azul», cuando se refiere a esas pasiones a lo Sodoma y Gomorra que son de su predilección. Todo el libro tiende a probarnos que la mujer es la única fuente de complicaciones y... pecado, en la vida, mientras que de lo que Anatole France llamaba «faltas de ortografía» —la tendencia a equivocar lo masculino con lo femenino— resulta infaliblemente la felicidad. ¿Cabe mayor... candidez? Un amigo nuestro ha escrito que *Les faux monnayeurs* son un apólogo, estilo Madame de Ségur, entre los buenos invertidos, representados por Edouard, y los invertidos perversos, representados por el Conde Passavant. Para mayor sal y pimienta, todo París sabe que Edouard es el propio Gide, y que Passavant, el demoníaco Passavant, que logra reputación de hombre de talento repitiendo dichos y opiniones ajenas, el autor de «La barre fixe», no es sino el poeta Jean Cocteau...

* * *

André Gide considera que *Los monederos falsos* son su primera novela. El no reconoce como tales «Par la porte étroite», «Les caves du Vatican», «La symphonie pastorale», y demás obras de imaginación y psicología. ¿Qué es, pues, según Gide, una novela? En *Les faux monnayeurs* nos da su teoría, y pretende darnos un ejemplo. He aquí una de las teorías: «Despojar la novela de todo lo que no le pertenece específicamente al género de la novela. Igual como la fotografía ha librado a la pintura de la preocupación de ciertas exactitudes, el fonógrafo limpiará sin duda a la novela de sus diálogos postizos, de los cuales se vanagloria el realista. Los acontecimientos exteriores, los accidentes, los traumatismos, le pertenecen al cine; la novela debe dejárselos. Hasta la descripción de los personajes no me parece pertenecer propiamente a la novela... El novelista,

habitualmente, no le presta bastante crédito a la imaginación del lector». André Gide pone esas palabras en boca de Edouard, que es escritor, como Gide; y más lejos, aludiendo a una novela que proyecta Edouard, y que debe llamarse precisamente «Les faux monnayeurs»: Mi novela no tiene tema. Digamos si Ud. prefiere, que no tiene *un* tema... «un trozo de vida», decía la escuela naturalista. El gran defecto de esa escuela, es el de cortar su trozo siempre en el mismo sentido; en el sentido del tiempo, a lo largo. ¿Por qué no a lo ancho? ¿O ahondando? Yo no quisiera cortar... Comprenda: quisiera que *todo* entrase en mi novela. Nada de tijeretazo que suspenda, aquí y allá, su sustancia... Más allá: «No tengo plan. Un plan, para una novela de esta clase, es imposible. Todo se falsearía si yo resolviese algo de antemano. Espero que me lo dicte la realidad. —Pero, objeta un contradictor, pensaba que Ud. deseaba alejarse de la realidad.—Mi novelista lo desea,—responde Edouard,—pero siempre lo devolveré a la realidad. En verdad, este será el tema: la lucha entre los hechos propuestos por la realidad, y la realidad ideal».

El libro tiene la complejidad y las contradicciones de esas opiniones; por eso me he resuelto citarlas tan detenidamente. Hay quienes pretenden que Gide no ha realizado lo que se ha propuesto, y que *Los monederos falsos* son el aborto de un gran libro. Me permito dudar... El tono general de la obra no es de un escritor que se pone en actitud *genial* para escribir algo trascendental. Gide es demasiado clarovidente para que haya pretendido batir a Dostoiewsky en el terreno de lo patético. Un hombre que, como Gide, es dueño de su talento, y es capaz de cambiar de estilo como de camisa,—comparar el preciosismo de «Les nourritures terrestres», por ejemplo, con el «anfaçon» de «Los falsos monederos»—conoce exactamente la medida de sus fuerzas, y nos da lo que quiere darnos...

No vamos a entrar a discutir hasta qué punto Gide ha realizado lo que el novelista Edouard quería realizar en su novela «Los falsos monederos». Pero, sí, podemos señalar este hecho: Gide, con su claridad francesa, con su don de análisis, de la

mesura, ha tratado de asimilar los novelistas rusos, y en gran parte lo ha logrado. Y hasta si su libro no es un obra perfecta, es una obra importantísima, pues habrá, con seguridad, de influenciar a los jóvenes literatos. En primer lugar, va en contra de la nueva tendencia de: «la novela ha envejecido; ya no se escriben novelas; ya *no se debe* escribir novela...» No rejuvenece el género, sino al contrario nos recuerda a todos que hubo obras movidas, interesantísimas, de honda psicología y emoción intensa, que son novelas excelentes; nos obliga a no desdeñar recursos antiguos, incitándonos, sí, a renovarlos, según lo exige nuestra juvenil sensibilidad.

MARCELLE AUCLAIR.

París, Marzo, 1926.

Ex - Libris

DEVOCIONARIO ROMÁNTICO, por *Carlos Préndez Saldías*.
Imprenta Universitaria, Santiago, 1926.

Libro de pasión, de gracia, de humor y, sobre todo, de ponderada poesía.

Préndez no abandona sus gestos bizarros, esa nota que él usa, tal vez más que por diferenciar sus ediciones del cansado gris de la multitud literaria, porque piense que en Chile hay que buscar a la poesía más pura el perdón de las gentes, añadiendo entre títulos y dedicatorias alguna pirueta y alguna sonrisa.

Es como si quisiera decir al vulgo:

—¿Veis? En cuanto hombre, también yo piso un suelo de realidad, sé sonreír a esta chifladura y relegarla en alegre broma a ese mundo íntimo donde todos sentimos en elevación.

Y no por este *humor* para entonar en el ambiente, dejamos de reconocer que nos hallamos con un alto poeta en cuanto nos recogemos a leerlo.

El volumen, pequeñito, primoroso, azul y oro, con todas las características del breviario elegante, comienza con esta

INDULGENCIA

*El Dios Amor concederá cien
crepúsculos de plenitud amo-
rosa al que rece en las pá-
ginas de este breviario.*

Pasa por ella nuestra vista y nos ponemos regocijados de ánimo.

Mas, a poco de *rezar* en el devocionario plegarias, salves, credos, letanías y un conjunto de *horas canónicas del amor*, tenemos unción en el alma y nos entregamos a las «Cinco Meditaciones» con que el libro termina, místicamente y afinados de belleza.

Cada lector, al llegar allí, dirá con el poeta:

Solo por la montaña
blanca de luna, siento
que la voz de los hombres
es apenas un eco
en mi vida ardorosa
de corazón adentro.

Y, olvidado el cascabel con que Préndez quiso excusar su hondura, amaré este espíritu y le rendirá admiración.

DESOLACIÓN, por *Gabriela Mistral*. Editorial Nascimento, Santiago, 1926.

Nos llega la tercera edición de este libro en que nuestra gran lírica ha reunido lo más intenso de su verso y de su prosa. El libro es tan conocido que nadie ignora que forma el plinto de una reputación mundial. Pero esta edición tiene condiciones que la hacen definitiva. La poetisa ha seleccionado los poemas que aparecían en las anteriores; ha corregido versos, suavizando ritmos y bruñendo dicciones; en las prosas, la revisión ha sido tal, que algunas parecen nuevas.

Se trata, repetimos, de una edición definitiva que bien merece ser la sustituta de las anteriores en todas las bibliotecas.

GLOSARIO DE REVISTAS

¿Se avecina una lucha de razas?

En un reciente número de *La Nación* de Buenos Aires hemos leído un importante artículo de Baldomero Sanín Cano a propósito de dos libros en que se habla de los temores de Occidente ante las razas no blancas. Uno de esos libros es obra de Lothrop Stoddard, persona ya conocida para el público chileno. En efecto, hace no más de dos años un profesional tradujo cierto librejo de ese autor, con el título de «La amenaza del subhombre». La obra produjo una impresión circunstancial, fomentada por la sabia réclame periodística, pero ya ha sido olvidada.

El otro de los dos libros que preocupa a Sanín Cano se titula «El ocaso de las naciones blancas», y está escrito por un suizo, Mauricio Muret.

Una esmerada traducción castellana de esta obra ha sido editada en Madrid, recientemente, por M. Aguilar.

Ahora bien, estas dos obras

tienden a probarnos lo mismo: que el peligro de una lucha de razas es inminente; que los hombres de color—negros, amarillos, cobrizos...—conocen ya las flaquezas de la organización política, social y económica de los pueblos blancos, y se apresan para el combate. Tienen para ello, además, otra ventaja: la del número. Sanín Cano resume así la impresión que le ha dejado la lectura de ambas obras: «Los amarillos de Asia, casi la tercera parte del género humano; los negros de África, más numerosos que los blancos de América; el indio de la piel tostada que habita los ardientes valles del Ganges sagrado y de sus numerosos afluentes; aún los cobrizos de América, al norte y al sur de Panamá, están llamados a dominar al hombre blanco, cuya indiferencia en frente de este problema le hará fácil presa de sus competidores.»

¿Cómo ha podido formarse semejante concepto en personalidades a quienes podría creerse libres de temores un poco infantiles? Sanín Cano nos lo dice

francamente: Lothrop Stoddard es un simple charlatán de feria que tiene arrestos de hombre de ciencia pero que no sabe nada de nada. Sus fuentes de información son, por lo general, revistas de no mucho prestigio en que se comentan, de segunda mano, los hechos del mundo, y diarios que viven del escándalo. Por lo menos unas y otros aparecen frecuentemente citados en las páginas de su libro, titulado «La ola montante del hombre de color contra la supremacía mundial del hombre blanco».

Muret tiene más aparato científico y su obra está escrita con algún arte, pero eso no quiere decir que no esté igualmente errado en sus apreciaciones y temores. Por este sendero llega Sanín Cano a ocuparse de las características morales que presenta actualmente el mundo occidental. Oigámosle:

«La necesidad de vivir en sociedad—escribe— ha hecho del hombre un sujeto moral. Para existir en sociedad es necesario conocer ciertas normas y obligarse a respetarlas en beneficio propio y de los demás asociados.» Luego el autor nos advierte que el individuo que acomoda estrictamente su proceder a esos principios, es un ser de carácter. «En eso consiste el carácter—agrega,—en acomodar nuestra vida en todo momento a las normas

que nos hayamos fijado. La sociedad repudia a los individuos cuya vida es una continua derogación de los principios que dicen regir su conducta.»

Esto sucede en las relaciones del hombre con la sociedad, pero no ocurre lo mismo en la esfera de los pueblos entre sí. «La flaqueza fundamental de lo que llaman civilización las Naciones cristianas es su falta de carácter.» No tenemos más que volver los ojos hacia el decálogo para encontrar que el mundo occidental practica la derogación de los principios fundamentales de su existencia moral. «No matarás», dice el código de todos los hombres blancos; «no codiciarás los bienes ajenos»...

«El Occidente—agrega Sanín Cano—sabe que la flaqueza de su organismo social y político es esta falta de carácter. Cuando un hombre como Tolstoy levanta la voz de profeta y clama que el origen de todos nuestros males está en que hemos olvidado las enseñanzas de Cristo, el pueblo, las clases ilustradas, el mercader y el operario gritan: «Está loco». La tragedia de ese hombre es demasiado grande. El vió cuál era el punto débil de la sociedad de su tiempo y tuvo la franqueza de decirlo. Nuevo Jesucristo, tuvo también su huerlo de los olivos y su cruz dolorosa.

Otro fué el camino de Nietzs-

che. Para Nietzsche, el cristianismo había fracasado porque cegaba las fuentes de la vida. Lo más lógico, lo más moral era enderezar el rumbo, volver al antiguo amor a la vida como la concibieron los griegos. Nuevamente los hombres dicen que este ser está loco. «En esta vez aciertan—dice Sanín Cano;—la magnitud del equívoco, obrando en naturaleza tan sensible y en una inteligencia tan leal consigo misma, destruyó el equilibrio entre la razón y la vida.»

Finaliza el interesantísimo artículo de Sanín Cano que hemos intentado resumir en las líneas anteriores, con las siguientes palabras: «No es la fecundidad de la raza amarilla el enemigo más formidable de

Occidente. Antes de que los chinos se hayan organizado como el Japón, Europa habrá sido destruída por el equívoco moral y por la falta de carácter. En muchas ocasiones pudo China apoderarse de Europa, pero el Celeste Imperio ha desdeñado siempre, con razón o sin ella, a ese conglomerado de razas que habita las riberas del Atlántico.»

Stoddard y Muret, pretensos filósofos de criterio atropellado y sin aliento científico, habían querido amenazarnos con una lucha de razas en que habría de naufragar la civilización de Occidente. Sanín Cano, con más hondura, nos dice que el enemigo está en nuestra propia casa. ¿Es un consuelo el que nos da?—S.